

PUNTO
ROJO

noches de amor y crimen

keith luger

B&B



NOCHES DE AMOR Y CRIMEN

KEITH LUGER

**NOCHES DE
AMOR Y CRIMEN**

Col. PUNTO ROJO n.º 162

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BUENOS AIRES

BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 11.839 -1965

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: MAYO, 1965

© KEITH LUGER - 1965

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© DESILO - 1965

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 1735/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La fiesta estaba en su apogeo. El anfitrión era Vance Watson, el productor de películas, y hacía aquel gasto para celebrar que al día siguiente daría el primer golpe de manivela a la superproducción en tecnirama, 70 milímetros, sonido estereofónico, *Noches de amor y crimen*.

Todo estaba dispuesto para que llegasen los protagonistas de la hermosa Luana Sherman, y el no menos hermoso Robert Francis.

Las *starlets* sabían que, cuando llegase Luana, ella acapararía toda la atención, y aprovechaban bien su oportunidad.

Una de ellas, pelirroja, estaba en lo alto de un piano y bailaba un *twist*. Pero sólo conseguía una pobre imitación de Ann Margret.

Otra, una rubia de busto extraordinario, cantaba un trozo de *La Bohème*.

Más allá, dos morenitas reían alocadamente algún chiste de alguno de sus muy numerosos admiradores.

No me gustan tales fiestas, pero aquella mañana había recibido una llamada de Brandon Devore, el agente artístico que trabajaba rara Vance Watson. Me había rogado que acudiese a la fiesta. Yo lo envié al infierno y él me contestó que la invitación era oficial. Con eso, Brandon se refería a que iba a utilizar mis servicios.

Soy detective privado, y tengo mis oficinas en el 344 de la avenida Laurel, en la ciudad de Los Ángeles.

Le dije a Brandon que preparaba mi maleta para volar a Las Vegas, donde quería pasar el fin de semana.

Brandon contestó que podía irme a Las Vegas si rehusaba ganar un par de miles.

Dos mil dólares es una cantidad importante, incluso para un detective con una saneada cuenta corriente.

De modo que le dije a Brandon que iría a su fiesta para ganarme los dos mil cachorros.

Yo, había llegado a la hermosa mansión de Vance Watson quince minutos antes, pero no había encontrado a Brandon Devore a pesar de que lo busqué por el jardín, por las terrazas; y entre en tres o cuatro habitaciones de la casa.

Pensé que Brandon Devore se habría demorado por algún motivo y decidí esperar.

Despache un par de combinados mientras observaba aquella pandilla de locos.

Oí voces a mi espalda:

—¿Se ha cerciorado de que ya salió la señorita Sherman de casa, Dorothy?

Era la voz de Vance Watson.

Me volví y vi al productor en compañía de una chica atractiva.

—Sí, señor Vance —contestó Dorothy—. Acabo de llamar. Luana Sherman salió hace quince minutos.

—¿Quién la acompaña?

—Brandon Devore.

—¿Qué me dice de Robert Francis?

—Todavía estaba en su apartamento.

—¿Cómo es eso?

—Espera una conferencia de su madre. Ella se encuentra Niágara Falls, en viaje de bodas.

—¿Otra vez se casó esa vieja cotorra?

—Ya sabe que su hijo quiere proporcionarle toda la felicidad del mundo.

—¿Qué dijo Robert Francis de nuestra fiesta?

—Que, en cuanto hablase con su madre, se pondría en camino.

—Está bien, Dorothy. Vuelva a llamar dentro de cinco minutos... Robert está bajo contrato. Tiene que hacer lo que yo quiero y no hablar con su madre.

—Sí, señor Watson.

El productor cambió su gesto huraño por una sonrisa cuando vio dirigirse hacia él a un célebre matrimonio de actores.

Dorothy aprovechó el momento para escurrirse, y yo fui tras ella. No tenía nada que hacer allí mientras no llegase Brandon.

Prefería mirar a Dorothy que mirar a los demás.

Abrió una puerta y entró en la habitación, cerrando tras de sí. Esperé un par de minutos y entré yo.

Dorothy estaba tendida en un diván, los zapatos en el suelo, apoyada la cabeza en un almohadón, los ojos cerrados.

—Tengo un comprimido para la jaqueca —dije.

Ella dio un respingo y se incorporó ligeramente.

—No tengo dolor de cabeza. Sólo un poco de cansancio —contestó.

—Soy Alex Murdock —dije.

—Si trata de cazar un papel, no es asunto mío. Sólo soy la secretaria del señor Watson. Y la primera condición que me impuso cuando me ofreció el trabajo fue que no recomendase a nadie, animal, vegetal o mineral...

—Tranquilícese, no busco un papel.

—No me diga que es el trompetista de una de las dos orquestas, o que toca cualquier otro instrumento...

—¿Qué pasaría si lo fuese?

—Le pediría que se marchase inmediatamente de aquí. No sé cómo me las arreglo, pero me persiguen los músicos.

—¿Sólo ellos?

—Con preferencia.

—Bueno, descanse. ¡Tampoco soy un músico!

—Ya siento curiosidad por saber lo que es.

—Investigo cosas.

—Policía —arrugó la nariz.

—Investigador privado.

—¿Me está investigando a mí?

—Es un trabajo que me gustaría hacer.

—Para que no se canse, le daré mi prontuario, señor detective. Dorothy Wyler, 23 años de edad, nacida en Linconville, Wisconsin. Estudios en la Escuela Secundaria y graduada en la Academia de arte Dramático de Springfield, Illinois. Dos años con una compañía de aficionados, seis meses como profesional en el Auditorium de Springfield, y un año en Hollywood... Me hicieron pruebas cinematográficas, pero no dieron resultado. Los especialistas aseguran que no sirvo para el cine... Tenía que comer, y trabajé como maniquí de un modisto... Vance Watson me vio en un desfile y me ofreció el puesto de secretaria, que en aquel momento tema

vacante. Eso fue hace siete meses. Me gustó el empleo y piensa retenerlo hasta que aparezca en mi vida el hombre...

—Gracias por la información.

—Ahora, procure no hacer ruido al salir. No aceptaré su invitación para ver la luna, o los peces veladores de la isla de Santa Catalina, o la salida del sol desde los montes de San Bernardino...

—No pensaba invitarla a nada.

—También me aburren las historias de los demás, incluidas las que protagonizan los investigadores privados.

—Nunca cuento mis historias a nadie.

—Entonces, ¿cuál va a ser su plan de seducción?

—No hay plan de seducción.

—¿Por qué entró aquí, entonces? Y, por favor, no diga que fue por puro azar...

—No, no fue el azar. Entré tras de usted. Pero no traía ninguna intención especial. Sólo quería pegar la hebra y charlar de cualquier cosa... Estoy esperando a la persona que me invitó. En cuanto ella llegue, ya no tendré ningún interés en mirarla.

Ella se quedó un poco sorprendida, preguntándose quizá, si yo era sincero. Luego se echó a reír.

—Está bien, señor Murdock, puede seguir mirándome. Aunque, si me prefiere en bañador, déjeme su dirección y le enviaré una fotografía en que estoy en bikini.

—No me interesa.

—Le aseguro que quedo muy mona.

—Si no usa postizos, debe estar muy bien con ese bikini... Pero no soy de los que gustan de las fotos. Siempre he preferido el original...

Hubo un silencio.

—¿Quién le contrató? —preguntó de pronto.

—Perdone, pero no puedo decirlo... Además, no sé si aceptare el trabajo. Depende de lo que sea. Si no me gusta el asunto, me marcharé a Las Vegas.

Observó el vaso que yo tenía en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un daiquiri.

—Démelo.

Le entregué el vaso, y ella bebió un largo trago. Luego se quedó

observando mi cara.

—¿Dónde se hizo esa cicatriz?

Se refería a la que tengo sobre la ceja izquierda. No es muy grande, pero se nota.

—En San Francisco. Recuerdo de un tipo.

—Seguro que él conserva algo de usted...

—Se lo quitaron enseguida. Bueno, como cosa de unas horas más tarde. Mi recuerdo consistió en una bala. Pero le aseguro que se lo merecía.

—Parece muy dueño de sí mismo.

—Tengo que serlo en mi profesión.

—Me hace recordar a uno de esos detectives de las películas que se fabrican en esta jaula. Duro, con las palabras justas...

—No imito a los detectives de esas películas. Son los guionistas los que se asesoran con nosotros para hacer a sus protagonistas.

—Muy interesante.

—Olvidó algo, Dorothy.

—¿Qué cosa?

—Ya pasaron los cinco minutos que Vance Watson, su jefe, le señaló para que volviese a llamar a Robert Francis. No espiaba, lo escuché casualmente.

La joven lanzó un suspiro.

—Gracias por recordármelo.

Descolgué el auricular y se lo alargué. Ella me dijo el número y lo marqué en el dial.

—¿Señor Francis? —dijo por el micro—. Soy la secretaria del señor Watson... ¿Cómo...? ¿Ya salió...? ¿Hace cinco minutos...? Gracias...

Me alargó el receptor y lo dejé en la horquilla.

—Todo marcha de primera —sonrió—. Los polluelos llegarán de un momento a otro al corral... Perdón, pero he de volver junto al señor Watson.

Se puso los zapatos y la ayudé a levantarse, tomándola de un brazo.

Era muy esbelta, y vista de cerca, resultaba todavía más bella que de lejos. Sus ojos eran muy grandes, negros.

—¿Me va a besar? —dijo ella.

—Si usted lo quiere...

—Está bien...

La besé, pero no puse demasiada fuerza en ello.

—Señor Murdock —dijo—, quiero decirle algo muy aprisa. Es la primera vez que me besan en seis meses, y la última vez abofeteé al tipo que lo hizo... Gracias por todo.

Eché a andar y salió de la habitación.

Tomé el vaso y bebí el resto del daiquiri.

En aquel momento se abrió la puerta y oí la voz de Brandon.

—Vaya, al fin te encuentro...

—Yo también te busqué a ti, Brandon.

—Lo siento, pero tuve que ir por Luana Sherman.

Brandon Devore era alto, elegante, y en mi opinión, conocía mil formas diferentes para persuadir a una persona. Era lo que le había servido para abrirse camino en Hollywood.

—Siéntate, Alex —dijo.

Ocupamos confortables sillones y él sacó un paquete de cigarrillos.

Le dije que prefería los míos, porque no me gustan los emboquillados.

—¿De qué se trata, Brandon? —pregunté.

—De Luana Sherman.

A pesar de vivir tan cerca de Hollywood, los artistas de la meca del cine sólo me han gustado desde lejos. Hago lo posible por no relacionarme con ellos. Conozco a algunos, eso es inevitable, pero nunca he hecho nada por establecer una intimidad. Forman una fauna extraña, viven en un mundo de ilusiones, de hipocresía, quizá porque en ellos se ha hecho hábito el representar.

Me puse en pie.

—No continúes, Brandon. No soy tu hombre.

—¿Por qué crees que no...?

—Si alguien la hace víctima de chantaje, no me interesa. Si alguien ha amenazado con asesinarla, acude a la policía. Si, de pronto, apareció un marido desconocido, búscate un abogado...

—No acertaste.

—De acuerdo, Brandon, no acerté. Pero la respuesta sigue siendo la misma. Conoces a otros investigadores privados.

—Pero no hay nadie como tú para investigar un asesinato.

También Brandon resulta teatral a veces.

Había medido bien el momento y elegido las palabras justas para que mi curiosidad me hiciese permanecer allí, clavado.

—¿Un asesinato?

—Sí. Eso fue lo que dije.

—¿Quién es la víctima?

—Antes de que te lo diga, me vas a hacer un favor. Sal de esta habitación y date una vuelta por la terraza. Luana Sherman está allí. Tú la conoces... Salúdala.

—Me presentaste a Luana hace algunos meses en el restaurante donde coincidimos, pero ella no se acordará de mí.

—Eso da lo mismo. Luana está dispuesta a hablar unas palabras con la primera persona que se le acerque, sobre todo en esta clase de fiestas.

—Oye, creo que me estás pidiendo una tontería.

—Dije que se trataba de un favor.

—Veamos si lo entiendo, Brandon. Quieres que salga de aquí, que vaya al encuentro de Luana, que hable con ella unas palabras y que regrese.

—Exacto.

—¿Te encuentras bien, Brandon?

—Perfectamente.

—Te gustan los acertijos, ¿eh?

—No, no me gustan. Pero esta vez quiero plantearlo así.

—¿Es necesario?

—Sí, Alex. Te lo aseguro. Luego lo comprenderás.

—Está bien.

Le dejé en la habitación fumando su cigarrillo emboquillado.

La fiesta continuaba muy animada.

Robert Francis ya estaba allí, después de haber hablado con su mamá, que disfrutaba de una luna de miel en Niágara Falls. Le rodeaban media docena de chicas.

—¿Me busca a mí? —dijo una voz a mi espalda.

Era Dorothy. Tenía un vaso en cada mano.

—Tome, le devuelvo su daiquiri —agregó.

—Gracias. ¿Por dónde cae Luana? —le pregunté.

—¿Para qué la quiere? Ella está muy solicitada, y yo me libré de un par de moscones, por culpa de usted.

Miré por encima de las cabezas y vi a Luana en el otro extremo

de la terraza.

Le quité el vaso a Dorothy y puse los dos en la bandeja de un camarero que pasaba por nuestro lado. Luego, tomé en mis brazos a la joven y la llevé bailando hacia la parte donde se encontraba Luana.

La protagonista de *Noches de amor y crimen* hablaba con su productor, Vance Watson.

—¡Eh, Dorothy...! —llamó Vance.

—Es usted un traidor —dijo Dorothy—. Ya me estropeó la fiesta.

Nos acercamos a Vance y a Luana.

La actriz me miró, pero como había supuesto, no me reconoció.

Dorothy se pasó a hablar con Vance Watson y yo dije a la actriz:

—Soy Alex Murdock, señorita Sherman, amigo de Brandon Devore. Nos presentó en el restaurante chino.

—¿Cómo está usted, señor Murdock?

—Bien. Hermosa fiesta.

—Lo es.

Vance Watson intervino:

—Querida, los periodistas nos esperan. Dorothy, quiero que nos acompañe.

—Enseguida voy, señor Watson —contestó la secretaria.

Luana me dirigió una sonrisa y se marchó con Watson.

Dorothy se quedó a mi lado.

—Parece que está decepcionado, señor Murdock.

—¿Yo? ¿Por qué había de estarlo?

—Usted había esperado que Luana cayese en sus brazos.

—No diga tonterías.

—Observé que la miraba usted con mucho interés.

Era cierto, la había mirado con mucho interés, pero eso había sido a petición de Brandon.

Me dije que el acertijo de Brandon era un juego estúpido. No era serio por mi parte que me hubiese prestado a algo tan absurdo como aquello. Había perdido mi tiempo, cuando debía estar camino de Las Vegas. Pero podía recuperar algo.

—¿Quiere que nos veamos después, Dorothy?

—Lo siento, voy a estar muy ocupada. Quizá mañana. Marque el número de los estudios y pregunte por mí... Ahora, el deber me llama.

Se alejó en pos del productor y la actriz.

Comparé la figura de Dorothy con la de Luana, y concedía la máxima puntuación a la secretaria.

En el camino a la habitación donde me esperaba Brandon, atrapé un vaso de *whisky*.

Mi amigo estaba en el mismo sitio donde yo le había dejado.

Bebí un trago y nos miramos en silencio.

—¿Bien? —dijo Brandon.

—Bien, ¿qué?

—¿Ya la viste?

—Sí, la vi y hablé con ella... Anda, Brandon, dime, ¿qué significa todo eso?

—Ya te lo dije. Un asesinato.

—¿Sí? ¿Y quién es la víctima?

—Luana Sherman...

Dejé correr unos segundos.

—¿Desde cuándo no visitas al siquiatra, Brandon?

—Ahora comprenderás por qué te hice salir para que vieses a Luana. La razón es bien sencilla. Esa mujer que tú has visto ahí fuera no es Luana Sherman, sino una impostora.

CAPÍTULO II

—Brandon —rezongué—, todo eso has podido decirlo antes, sin necesidad de que yo saliese.

—Quería que tuvieses una prueba...

—Pero no la tengo. Yo sólo vi una vez a Luana.

—Sí, la viste sólo una vez, pero la impresionaste.

—No digas tonterías.

—Me preguntó por ti, y en un par de ocasiones me pidió que te llevase a su apartamento... La última vez hace un mes. Recuerdo que me dijo: «¿Por qué no traes a ese amigo tuyo detective, el señor Murdock?». Te apuesto doble contra sencillo, a que, cuando te acercaste ahora a Luana, ella no te reconoció.

—No, es cierto.

—Es a la prueba a que me refería... Ella no te ha identificado, porque es la primera vez que te ha visto. Y eso quiere decir que no es Luana.

Me pasé una mano por la cara y chasqué la lengua.

—Son como dos gotas de agua.

—Sí, son tan parecidas que se la pudo pegar a Vanee Watson, y también me la pudo pegar a mí...

—¿Una hermana gemela?

—Cuando Vance Watson conoció a Luana, hace cinco años, la chica no tenía ninguna hermana gemela. Para ser más exacto, no tenía padres, hermanos ni parientes... La chica fue abandonada en un orfanato de Chicago. Entró allí cuando tenía dos semanas, y salió a los dieciséis años para trabajar como empleada en unas oficinas. Siempre le había gustado el teatro y ahorró dinero para pagarse un curso de arte escénico... A los dieciocho años estaba preparada y trabajó en un teatro de Chicago. Allí la conoció Raymond Davis y se

la llevó a Nueva York para presentarla en Broadway. La chica tuvo mucho éxito... Vance Watson la vio en su segunda temporada en Broadway, y se dijo que en ella había una segunda Marilyn Monroe. Le firmó una exclusiva para dos películas y ya lleva hechas seis con él...

—¿Cuándo notaste que no era ella?

—Empezaron a pasar cosas raras, hará cosa de dos semanas... De pronto, dio la impresión de que le fallaba la memoria. La pieza favorita de Luana era *Noche y día*, de Cole Porter. Una mañana llegué a su apartamento y le puse el disco, que saqué del álbum. Cuando salió de su dormitorio dijo que pusiese otra cosa, que eso era muy lento, que prefería las cosas más moviditas... Otro ejemplo. Repetidas veces yo me había referido al *Decamerón* de Boccaccio. Ella deseó leerlo. Al fin, hace unos días, vi una edición de lujo y la compré. Le di el libro, lo miró, leyó el título y el autor, y de pronto, me preguntó: «Eh, Brandon, ¿por qué diablos me has comprado esto...?». Ya sé, una mujer puede cambiar de opinión respecto a sus piezas favoritas, o al libro que ha deseado leer... Confieso que yo tampoco le habría dado importancia si no hubiese surgido la prueba definitiva.

—¿Cuál fue?

—Me encontré ayer con Tony Kerrigan, el zapatero de Luana... Fue en el bar de Bill Cooper. Le invité a una copa y de pronto, Tony me dijo que lo que le había pasado con Luana Sherman era la primera vez que le ocurría en su vida. Le pregunté de qué se trataba. El frunció el ceño y dijo que había pensado que yo lo sabía. Estaba haciendo una nueva serie de zapatos para Luana... Se refería a los que está realizando para el nuevo film. Hace diez días que Luana le llamó para decirle que pasaría por su establecimiento para que le tomase nuevas medidas de su pie. Y así lo hizo. Pero Tony Kerrigan comprobó algo insólito. El nuevo pie de Luana Sherman era otro del que él conocía. La Luana de antes calzaba un 36 y la de ahora un 37. Además, la forma era diferente...

—Entiendo...

—Ahora ya sabes por qué te cité aquí. Quería que la vieses con tus propios ojos.

—De modo que tú supones que Luana ha sido asesinada.

—¿No es lógico pensar en eso? Si no fuese así, la impostora

correría el riesgo de ser descubierta.

—Parece lógico.

—Pero quiero convencerme, Alex...

—Está bien, voy a aceptar el trabajo, Brandon.

—No quiero que nadie sepa nada, ni siquiera Vance Watson.

—Conoces mi forma de trabajar. Sólo informo al cliente... Ahora quiero conocer a todas las personas que tienen amistad con ella.

Sacó un papel del bolsillo.

—Te lo tengo preparado —dijo.

En el papel había tres nombres. Steve Lennox, un director con el que Luana había hecho dos películas. Howard Peters, el peluquero de la estrella, había otro nombre, George Verringer, pero allí no se decía lo que era.

—¿Quién es Verringer? —pregunté.

—El dueño de una galería de arte en el número 322 de Sunset Bulevar... Allí expone cuadros, esculturas, y subasta objetos antiguos. Luana hizo una buena amistad con él desde que decoró su casa. Además, de vez en cuando, le compra un cuadro.

—¿Tiene relaciones amorosas con alguno de esos tipos?

—No, que yo sepa.

—¿Es quizá Vance Watson el que ocupa su corazón?

—Eso parecía al principio, pero ahora da la impresión de que sólo son dos buenos amigos.

—¿Quién hay en casa de Luana?

—Dos sirvientas, Margaret Lynn y Grace Day, y un chófer, Jack Drake.

—¿Qué me dices de ellos?

—Las chicas son de toda confianza. No diría lo mismo de Jack Drake.

—¿Por qué no?

—Es un tipo que habla poco, muy serio.

—¿Le contrató Luana?

—No. Fue cosa de Vance Watson.

—¿Alguien más a tener en cuenta?

—Bueno, tú ya sabes que una mujer como Luana conoce a mucha gente. Técnicos, periodistas, hombres de la TV y la radio.

—Es bastante por ahora.

—Infórmame en cuanto tengas algo.

—Seguro, Brandon.

—Te firmaré un cheque por mil dólares.

—No hace falta.

Sacudió la cabeza dando la conformidad.

—Voy a empezar mi trabajo —dije.

—Si me necesitas, ya sabes mi número.

Salí de la habitación.

Luana estaba contestando a las preguntas de los periodistas y lo hacía con la mayor naturalidad.

Señorita Sherman —dijo uno de los reporteros—, cuando llegó a Hollywood, usted dijo que aquí esperaba encontrar su felicidad. Hoy es una actriz triunfadora, ¿considera que ya consiguió la felicidad que deseaba?

—Desde luego.

—Sin embargo, el sueño de toda mujer es casarse, tener un hogar, unos hijos..., naturalmente con un esposo. —Las palabras del reportero provocaron risas.

Luana, que también había reído, lo hizo ahora en tono menor y contestó:

—Es posible que dentro de poco les de una buena noticia.

—¿Por qué no ahora, señorita Sherman?

—Por favor, dejen que lo sepa primero él.

Se oyeron nuevas risas, y entonces, Vance dejó oír su voz potente:

—Caballeros, gracias por su amable interrogatorio, y por haber asistido a esta fiesta... Ahora continúen divirtiéndose.

Los periodistas guardaron sus blocs y sus bolígrafos y se marcharon en busca de las hermosas muchachas con que Vance había sabido aderezar aquella velada.

Luana y Vance se pusieron a bailar.

Dorothy vino hacia mí.

—¿Se divierte, Alex?

—Mucho.

—No lo parece, a juzgar por su cara.

—Soy un tipo muy serio.

Encendimos cigarrillos y ella dijo:

—Me alegro que haya aceptado el trabajo que le propusieron.

—¿Cómo sabe que lo acepté, Dorothy?

—Yo también soy algo detective.

—Continúe con sus deducciones.

—Su cliente es Brandon Devore.

—Ahora sólo falta que me diga qué fue lo que me encargó.

Se puso un dedo en los labios.

—Debe ser algo relacionado con Vance Watson. —Es posible.

—Pregúnteme y le informaré.

—¿Qué hay entre Vance Watson y Irtana Sherman? —Hace unos meses parecía que él estaba decidido a divorciarse. Ya sabe, tiene mujer y dos hijos.

—Su idea era la de casarse con Luana.

—Sí. Pero luego desistió.

—¿Por qué desistió?

—Eso sólo lo sabe él.

—¿Cómo aceptó Luana ese cambio?

—Con resignación.

—¿Vive Vance con su mujer?

—Sí, desde luego.

—¿Vino ella esta noche?

—No asiste a ninguna fiesta donde se pueda encontrar con Luana.

—¿Cómo se llama la esposa?

—Es Irene Prince, una antigua actriz... Hizo un par de películas, pero al casarse con Vance, se retiró.

Yo no recordaba a Irene Prince como actriz, ni de ninguna otra forma.

—¿Cómo es Irene? —pregunté.

—Yo diría que una mujer con un carácter muy fuerte. Supo enamorar a Vance Watson, y ahora también sabe conservarlo.

—¿Cuál es la situación económica de Vance?

—Ésa es una pregunta demasiado confidencial.

—Tengo amigos en los Bancos.

—Comprendo. En ese caso le contestaré yo —hizo una pausa—. Vance tuvo un fracaso con su última película. Fue una superproducción muy costosa.

Yo recordaba aquella superproducción. Me metí en el cine a verla y salí a la mitad de la proyección. Era algo sobre romanos, lo peor que se había hecho en el género.

Dorothy prosiguió:

—Vance se lo juega todo en el film que empieza mañana... Si falla otra vez, se celebrará su funeral. Por eso ha puesto toda la carne en el asador. Para dar la réplica a Luana ha contratado a uno de los actores más taquilleros, Robert Francis. Y en cuanto al director, se ha apartado de los jóvenes talentos y ha preferido a un hombre de experiencia como Steve Lennox. El éxito de la película descansa sobre Luana Sherman, y hasta ahora, el mejor hombre que la ha dirigido ha sido Lennox.

Todo aquello que me decía Dorothy daba un giro más interesante a mi investigación. Un productor, Vance Watson, se iba a jugar unos cuantos millones de dólares, y casi toda la responsabilidad recaía en su primera actriz, Luana Sherman. Y el bueno de Brandon Devore, mi cliente, me aseguraba que aquella mujer no era la verdadera Luana Sherman.

¿Qué pasaría si Brandon tuviese razón, y la actual Luana era una impostora?

Sentí deseos de irme a Las Vegas. Aquel asunto era como un barril de dinamita. Su explosión haría daño a todo el que estuviese cerca, y había demasiadas personas alrededor del barril.

Pero, entonces, ¿qué había sido de la genuina Luana Sherman? ¿La habían secuestrado? ¿Muerta? ¿Asesinada...?

Un hombre de cabello blanco vino hacia nosotros.

—¿Cómo está, señor Lennox? —dijo la secretaria de Vance.

—Hola, Dorothy.

—Le presento a un amigo. Alex Murdock.

Era Steve Lennox, el director. Estaba por los cincuenta años, tenía grandes bolsas bajo los ojos, sus pupilas brillaban mucho.

Apretó mi mano y ya no me concedió la menor importancia.

—¿Está su jefe por ahí, Dorothy?

—Le vi hace un momento con Luana.

—Quiero hablar con él. A solas. Es urgente.

—Muy bien, le diré que vaya a la biblioteca.

—No. Prefiero que sea en mi casa. Me marchó ahora. Dígale que le espero allí.

—La fiesta terminará muy tarde.

—No me importa la hora en que termine. Espero ver en mi casa a Vance. Dígale que lo que tengo que informarle es con relación del

film.

—¿No puede decírmelo a mí, señor Lennox?

—Lo siento, Dorothy, pero es algo personal.

—Está bien, señor Lennox. Le pasaré el aviso.

—Gracias.

Lennox hizo un saludo con la mano y se alejó de nosotros.

—¿Qué le querrá decir Vance? —pregunté.

Dorothy sonrió.

—No se caliente la cabeza. Alex. Puede ser cualquier tontería.

Seguro que Lennox fue por el estudio gire ya está preparado para rodar las primeras escenas, y no le gustó algo; el tamaño de un jarrón, un cuadro de la pared... Tiene que conocer mejor a la gente del cine. No existen en el planeta seres más susceptibles que ellos.

—¿También Luana es así?

—Como todas las actrices, a su llegada se mostró amistosa, simpática... Luego, ha variado mucho. Pero también eso es normal... Se ha dicho que Hollywood cambia el carácter de las personas. Que las tritura más que las moldea, hasta convertirlas en otras distintas.

—¿Y es muy distinta la Luana de hoy a la que llegó a Hollywood?

—Sí, mucho. Pero le repito que eso es algo completamente lógico.

Los fotógrafos estaban disparando el *flash*, y los objetivos apuntaban a la pareja protagonistas de la película, Luana Sherman y Robert Francis, que bailaban y sonreían.

Vance apareció junto a nosotros.

—Señor Watson —dijo Dorothy—, ¿ha visto a Steve Lennox?

—No.

—Quiere hablar con usted, en su casa, después de la fiesta.

—Ya le veré mañana.

—Insistió mucho en que usted le visitase. Tenía algo importante que decirle:

—Lennox y sus cosas —contestó el productor—. ¿Qué es lo que piensan acerca de mi resistencia física? ¡Maldita sea! Sólo faltó que yo sirviese las copas a los invitados. Si quería hablar conmigo, ¿por qué infiernos no se quedó?

—Le hice la sugerencia, pero la desechó.

—¡Oh, sí, el señor Lennox quiere que se haga todo a su gusto...! No se preocupe, Dorothy, le haré una llamada.

Entró en la casa.

Dorothy dio un suspiro.

—¿Lo está viendo, señor Murdock? Se necesita tener unos nervios bien templados para soportar a esta gente.

—Eso demuestra que usted los tiene.

—Sí, y fue un gran descubrimiento por mi parte. —Levantó sus brazos—. Ande, lléveme a la pista, quiero bailar mientras mi jefe me lo permita.

Bailamos, y mientras tanto, pensé. Había tomado una decisión de lo que iba a hacer recordando la forma en que cazaba conejos en mi niñez. Los hacía salir de la madriguera.

Al cabo de unos minutos, se acercó un sirviente.

—Señorita Wyler —dijo—, el señor Watson le ruega acuda a la biblioteca.

Dorothy puso cara de circunstancias.

—Se acabó lo bueno. Si no le vuelvo a ver, recuerde que mañana espero su llamada.

—Sí, Dorothy.

Se marchó con el criado para reunirse con Vance Watson.

Tomé otro par de combinados, y fue entonces cuando Luana Sherman decidió abandonar la fiesta.

Ahora la acompañaba un tipo alto y robusto que nadie me había presentado.

Pregunté a un periodista, y me dijo que el alto era Jesse McDonald, el argumentista y guionista del film que iban a rodar.

Yo nada hacía allí y me dirigí al aparcamiento. Muchos periodistas habían ido detrás de Luana. El auto de la actriz era un «Rolls-Royce» negro. Su chófer le abría la portezuela, un tipo delgado de nariz aguilena.

Luana y Jesss McDonald entraron en él auto.

Yo me senté ante el volante de mi convertible y esperé.

El «Rolls-Royce» se puso en camino.

Dejé que cobrase un poco de ventaja y yo fui detrás.

Cruzamos por el bulevar Sepúlveda hasta Burbank, hacia los Estudios de TV, de la NBC, y más tarde corrimos entre los de la Universal y la Warner Bros, por Olive Barban. Finalmente, el «Rolls-

Royce» se detuvo ante un edificio de apartamentos.

Estacioné a la otra parte y un poco más arriba. Sólo descendió del «Rolls-Royce», Jesse McDonald, quien se despidió de Luana Sherman.

Enseguida, el auto de Luana continuó su camino. Bajamos hasta el bulevar La Brea y seguimos hacia Beverly Hills.

Nos metimos en Summit Drive, una buena avenida. En el número 121 vivía el director William Wyler, en el 129, Fred Astaire, en el 1103, Danny Kaye, en el 1152, Janet Leigh.

Más arriba, el «Rolls-Royce» entró por un portón.

Arrimé mi convertible al bordillo y salté fuera.

El portón seguía abierto, de modo que me colé por allí.

La casa era antigua, pero había sido restaurada. La piscina tenía un aire muy moderno, en forma de trébol con cuatro hojas.

El «Rolls-Royce» estaba al pie de una escalera, pero ya no había nadie dentro. Y tampoco vi al chófer por los alrededores.

Estaba encendida la luz del porche.

En aquel momento se iluminó una habitación del ala derecha.

Me acerqué por allí. La ventana estaba abierta.

—Lárgate ya —dijo una voz femenina.

—¿Sólo se te ocurre decir eso?

—Estoy cansada.

—Yo también me cansé de verte con unos y con otros.

—No seas estúpido, querido. Una actriz ha de atender sus compromisos.

—¡Oh, sí, tú eres una gran actriz! Productores, directores, periodistas... ¿Sabes qué hacía yo entretanto?

—No me lo digas esta noche, Jack. Déjalo para mañana.

—¡Yo estaba con la servidumbre!

—Cada cual se mueve en la esfera que cae.

—Cuidado, nena. No me digas eso otra vez, o te juro que...

—¿Qué es lo que vas a jurar?

—Nada.

—Sería mejor que te tranquilizases, Jack. Si alguien supiese que no estás conforme con tu papel, se podría molestar mucho. Y ya sabes lo que significaría eso.

—No estoy conforme con el modo con que me tratas.

—De acuerdo, Jack... Pero las cosas están así.

—¿Por qué no has de ser más cariñosa conmigo?

—Eres sólo mi chófer, Jack. Recuérdalo, sólo eso. No lo podemos echar a perder por una estupidez tuya.

—Ahora estamos solos.

—Hay dos sirvientas en la casa. ¿Es que lo has olvidado?

—Ellas duermen.

—He dicho que salgas, Jack. Me voy a acostar, quiero dormir. ¿Lo oyes? Estoy completamente agotada, y mañana debo levantarme a la seis... Tú sabes lo que me espera. Será la prueba más peligrosa de las que he pasado hasta ahora.

Jack, el chofer, soltó un gruñido y salió de la habitación pegando un portazo.

Salté por la ventana.

Lo hice sin hacer ruido.

Luana estaba inclinada sobre una mesa. Tema un cigarrillo en los labios y buscaba un encendedor.

—¿Quiere fuego? —dije.

Giró sobresaltada.

Me acerqué a ella ofreciéndole la llama de un fósforo.

CAPÍTULO III

Encendió, mirándome a la cara.

Dio una larga chupada al cigarrillo y apartó éste de sus labios. Dejó escapar el humo entre los dientes.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó—. Alex Murdock.

—Y le fasciné tanto que me siguió hasta mi casa y entro por la ventana.

—Fue un flechazo.

—No debía haber entrado en mi casa así, señor Murdock.

—Pero ya estoy aquí.

—Puedo hacerle salir inmediatamente.

—¿Llamando a su chófer?

—Sería una solución. Pero prefiero otra. ¿No lo sabe? En esta ciudad hay unos hombres de uniforme que se llaman policías. Reciben un sueldo para proteger a los ciudadanos.

—Pero yo no soy un ladrón.

—Entró como tal.

—Hemos quedado en que fue el amor. Ella me observó atentamente.

—Me estoy haciendo una pregunta, señor Murdock.

—¿Si?

—¿Es usted tan estúpido como parece?

—¿Y cuál es la respuesta?

—Podría ser que es más listo de lo que yo le concedo.

—Gracias.

—Decididamente, no puedo creer que lo haya seducido hasta el punto de seguirme a mi casa y entrar por la ventana.

—No, no me ha seducido hasta ese punto, pero usted lo sugirió, y a mí no me pareció mal como comienzo de diálogo.

—Entonces, ¿le parece que hablemos ahora en serio?

—Estoy de acuerdo.

—Empecemos por el principio... ¿Por qué ha aparecido así?
¿Por qué me siguió?

—La verdad es que soy yo quien debe hacer las preguntas. Es por lo que vine aquí.

—¿Y qué es lo que quiere preguntarme?

—La primera pregunta es, ¿quién es usted?

La rubia no parpadeó.

—Sí, debe ser un estúpido. Todo el mundo sabe quién soy, Luana Sherman.

—No, no lo es.

Se echó a reír, pero lo hizo con nerviosismo.

—¿Sabe a quién me recuerda usted, señor Murdock? A Mefistófeles. ¿Quizá brotó de la llama del fósforo? Se presentó ante mí súbitamente. Ni siquiera puedo saber si entró por la ventana.

—Creo que no es mala actriz.

—Es muy amable.

—Estoy seguro de que no tiene que preocuparse por el papel que haga mañana en el estudio... Podrá sustituir bien a Luana Sherman.

—¿Qué le hace suponer que no soy Luana Sherman?

—Sorprendí el diálogo entre usted y su chófer.

Ella agrandó los ojos, y de pronto rió con fuerza.

—¡Oh, le comprendo! Pero ha sacado demasiadas conclusiones de una nimiedad... ¿Qué culpa tengo yo de que Jack se haya enamorado de mí?

—Dijeron cosas muy interesantes.

—¿A qué se refiere?

—Jack estaba resentido porque él estaba con la servidumbre en la casa de Vance Watson, mientras usted se relacionaba con los grandes fulanos... Usted se refirió a que si él no estaba conforme con su papel, alguien se podía molestar mucho. ¿Quién es esa persona?

—Vance Watson, naturalmente. Fue él quien contrató a Jack.

—No, Luana.

—¿Lo ve usted? Me está llamando Luana.

—No la puedo llamar de otra forma, porque es el único nombre que le conozco.

Ella se sentó en un sillón y cruzó las piernas.

—Usted me siguió, señor Murdock, y sorprendió mi diálogo con Jack hasta haber llegado a la ventana...

Era inteligente la chica.

—Yo no empecé por el principio, ¿verdad? —dije.

—No, no empezó y le agradecería mucho que lo hiciese ahora.

—Está bien —contesté—. Usted, al parecer, pudo hacerse pasar por Luana Sherman porque tiene la misma cara y el mismo cuerpo. Pero falló una cosa. Sus pies son distintos a los de la verdadera Luana. Los zapatos de Luana no le venían bien y Tony Kerrigan tuvo que hacer una rectificación de los zapatos que tiene que lucir en su próxima película.

—¿Quién le dijo eso?

—No importa quién lo dijese.

—¿Qué es lo que pretende, señor Murdock? ¡Qué tonta soy! ¿Por qué lo pregunto? Usted quiere dinero. Es un chantajista, sólo eso...

—Se equivoca.

—No va a recibir un centavo.

—¿Dónde está la verdadera Luana Sherman? ¿Qué hicieron con ella?

—Yo soy la única Luana Sherman que existe...

—No. Es sólo una impostora.

—Demuéstrelo, señor Murdock.

—Es lo que voy a hacer.

—¿Quién es su cliente?

—No puedo decírselo.

—Si es alguien relacionado con la película, le aseguro que le voy a convertir en astillas... Ande, le desafío a que vaya a casa de Vance Watson. Dígale que yo soy una impostora, que no puedo rodar su película porque no soy la verdadera Luana Sherman... Dígale que tiene que suspender el comienzo del rodaje, que no puede hacerlo hasta que la verdadera Luana Sherman asuma el papel de protagonista...

—Es gracioso. Antes me dijo que yo era un chantajista, pero lo es usted y también lo son las personas que organizaron este complot.

—Vaya, ahora resulta que se trata de una confabulación.

Unos cuantos nos pusimos de acuerdo para que yo sustituyese a

Luana Sherman... Oiga, señor Murdock, usted tiene una fantástica imaginación. Está perdiendo su tiempo. ¿No oyó decir que hacen falta argumentistas en Hollywood? Seguro que ganaría muchos miles de dólares en cualquiera de los estudios que buscan talentos... Pero todavía está a tiempo de ofrecerse. Le puedo recomendar a un agente artístico. Con sólo que usted le pague un diez por ciento de sus ingresos, él le proporcionará una magnífica carrera.

—No me interesa.

—A mí tampoco me interesa seguir escuchándole.

—Ya me voy. Pero antes quiero hacerle una advertencia.

—Hágala, señor Murdock.

—Descubriré todo lo que hay detrás de esto.

—Me parece bastante fanfarrón... Soy Luana Sherman. Le voy a decir algo que le va a entristecer mucho. Es cierto que cambié ti número de mis zapatos, pero fue porque sufría una enfermedad.

—¿Qué doctor la asistió?

—Ninguno. Se me hincharon un poco los pies, sólo eso... Quizá dentro de algunos meses vuelva a utilizar el número 36... También le desafío a que trate de probar que soy una impostora echando mano a esta estupidez de los zapatos... ¿Va a salir por la puerta o por la ventana?

—No quiero molestar a nadie. Me marcharé por donde vine.

—Yo también quiero hacerle una advertencia, señor Murdock. No vuelva por aquí.

—Eso es algo que no le puedo prometer.

Me deslicé por la ventana.

De pronto sentí un ruido a mi espalda. Me volví a punto de ver que Jack me lanzaba el puño a la cara. No pude evitar la colisión.

Me pegó en el pómulo y caí al suelo.

—Jack, déjale —dijo Luana desde la habitación.

—¿Qué hacía este bastardo ahí dentro? —Gruñó Jack.

—No es cuenta tuya...

Me levanté y Jack se lanzó otra vez sobre mí.

Le detuve golpeándole en el pecho, y luego le apliqué la derecha en el mentón.

Jack pesaba poco, menos que yo, y fue por el suelo, rodando como una pelota.

Trató de levantarse, pero cayó de rodillas porque estaba

mareado.

Miré a la joven.

—Dígale a Jack que mi interés por Usted es puramente profesional.

Di media vuelta y eché a andar rápidamente hacia el portón.

Cuando estuve sentado en mi auto, respiré profundamente. Iba a hablar con Brandon Devore, pero antes tenía que saber si estaba en casa.

Le hice una llamada desde el primer bar.

Sonó unas cuantas veces la señal antes de que descolgase. Era Brandon.

—Soy Alex —le dije—. Voy a tu apartamento. He de informarte de unas cuantas cosas.

—Yo también estuve llamándote, Alex. Te espero...

Brandon vivía en el Bulevar Adams, no muy lejos de allí.

Me abrió la puerta, y al verme la cara, dijo:

—¿Con quién peleaste?

—Con Jack, el chófer de Luana Sherman.

—¿Fuiste a su casa?

—Sí.

—No debiste hacer eso.

—Pensé que era lo mejor... Lógicamente, Luana debería asustarse... Hablará con sus amigos, tendrán que hacer algo... Mi trabajo será más fácil, y sobre todo, rápido:

Me ofreció un *whisky* y dijo:

—Lo vamos a dejar, Alex...

—¿Cómo?

—Yo estaba equivocado.

—¿En qué estabas equivocado?

—Ella es Luana Sherman.

Me senté en un sillón, bebí un trago de *whisky*. Brandon seguía en pie frente a mí.

—Brandon, nos conocemos hace mucho tiempo y hay algo que ni tú ni yo podemos hacer. Engañarnos el uno al otro.

No le gustaron aquellas palabras. Lo noté por la forma en que arrugó el entrecejo. También él bebió un trago de su *whisky*, y chascó la lengua antes de contestar.

—Alex —dijo—. Siento haberte estropeado ese viaje a Las Vegas,

pero todavía puedes marchar en un avión que sale dentro de una hora. Te reservé billete, y también llevarás mil dólares extra que te voy a pagar... Sé siempre portarme bien con un amigo.

Se dirigió hacia una mesa y tomó algo. Regresó a mi lado. Me alargó un cheque.

—Aquí tienes el dinero. Te darán el billete del avión en el mismo aeropuerto.

No me moví.

—No quiero nada de eso —contesté—. Puedo viajar a Las Vegas por mis propios medios, y no hice mucho todavía para ganarme esos mil dólares.

—No seas quisquilloso y acepta las cosas como son, Alex.

—¿Qué fue lo que pasó, Brandon?

—No te comprendo.

—Me entiendes perfectamente. Ha ocurrido algo que te ha hecho cambiar de idea... Esa mujer no es Luana Sherman. Ahora estoy seguro porque hablé con ella. Tú acertaste, Brandon... Está sustituyendo a la verdadera Luana... Es una impostora, y como tú dijiste, hay probabilidades de que se trate de un asesinato...

—Calla, Alex.

Arrojó el cheque sobre la mesa y se apretó el puente de la nariz, ligeramente vuelto de espaldas.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Brandon?

—No hay nada que contar —replicó con voz agria.

Comprendí que había bebido. No estaba borracho, pero el *whisky* le había hecho efecto. ¿Era bastante para haberle hecho cambiar con respecto al caso de Luana Sherman?

—Me conoces bien, Brandon, y sabes que nunca abandono un asunto que empiezo —rezongué.

—Éste lo tendrás que dejar. Yo soy tu cliente y te lo ordeno.

—No lo dejaré, a pesar de eso.

—¿Por qué no? Dime una razón.

—Ya te lo he dicho. Asesinato, ésa es la palabra. —¿Y si te doy mi palabra de que no se ha cometido ningún asesinato?

—No bastaría.

Sonrió con sarcasmo.

—Gracias por la fe que me tienes.

—No podría creerte, por la sencilla razón de que has cambiado

micho desde que nos vimos en casa de Vance Watson.

—No hubo asesinato, Alex.

Me puse en pie y dejé el vaso en la mesa. —Hasta la vista, Brandon—. ¿Qué vas a hacer, Alex?

—Me iré a dormir, y mañana continuare la investigación.

—¿Quién te va a pagar?

—No me importa quién pague. Aunque, quizá encuentre un cliente antes de acabar.

—¡Maldita sea, no puedes hacerme a mí eso...!

—Buenas noches, Brandon.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Párate! —gritó Brandon.

Me detuve y volví la cabeza.

Brandon me señaló con el dedo.

—Eres un tipo tozudo. Siempre lo fuiste... Te he dicho que no hubo crimen, y no te basta... Muy bien, gran hombre. Te voy a dar la prueba para que puedas tranquilizar tu conciencia.

—Procura que sea definitiva.

—¡Oh, sí, claro! Imagino que en este caso sólo puedo convencerte si te muestro a la verdadera Luana Sherman...

—Sí, creo que sí...

—Está bien. La vas a ver.

—¿Dónde está?

—No hagas preguntas. Te llevaré ante ella. ¿No te parece que es lo mejor?

—De acuerdo.

Salimos del apartamento y nos metimos en mi auto.

—¿Adónde hay que ir? —pregunté.

—Bulevar Venice, hacia Culver City... Ya te diré dónde tienes que desviarte.

Hice correr a mi «Buick» y no pronunciamos palabra alguna.

Antes de llegar a Culver City me dijo que me desviase hacia el Templo Mormón, y luego doblé por el Bulevard Nacional.

—Es ahí, a la izquierda —dijo.

Se refería a un gran portón. Estaba cerrado.

Los faros del coche iluminaron una placa, junto a la puerta, en la pared.

Brandon saltó del auto y tocó un timbre.

Abrieron el portón desde dentro y Brandon regresó a mi lado. Al pasar, la placa quedó envuelta en la oscuridad y no pude ver lo que decía.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Un hospital.

Fuimos por un paseo bordeado de árboles, hasta el fondo, donde había un edificio de tres plantas.

Bajamos del auto y entramos en la casa. A la derecha estaba la recepción atendida por una enfermera.

—Soy Brandon Devore, y quiero hablar con el doctor Andrew Tickler —dijo mi amigo—. Vengo en nombre de Vance Watson...

La enfermera habló por un teléfono. Luego nos dijo:

—El doctor Tickler les espera en su despacho. Primera planta, a la derecha, saliendo del ascensor. Verán la placa.

El doctor Tickler era un hombre de unos cuarenta años, alto y fornido, de frente abombada y boca pequeña.

Brandon se presentó y me presentó.

—Hemos venido a ver a la paciente de la habitación 42, doctor Tickler.

—Disculpe, pero tengo que hacer una comprobación.

—Desde luego, doctor.

Tickler marcó un número. Habló con voz muy queda y sólo pude oír unas palabras.

—El señor Devore está aquí, le acompaña un tal señor Murdock. Sí, desde luego, no hay inconveniente... Sólo un par de minutos.

Colgó y se volvió hacia nosotros.

—Síganme.

Fuimos en el ascensor hasta la última planta del edificio.

Un enfermero que parecía un luchador de catch salió al encuentro del doctor.

—¿Quiere abrir la puerta de la habitación 42, Jim?

Jim abrió la puerta 42. Primero entró el doctor y luego nosotros.

La paciente estaba tendida en la cama, pero no dormía. Ella se incorporó sobre el lecho y se nos quedó mirando con ojos vacíos.

Era idéntica a la mujer que yo había conocido como Luana Sherman.

—Bien, Alex —dijo Brandon—. Aquí la tienes...

Luana Sherman se arrimó a la pared. Sus ojos reflejaron un gran

temor.

—No quiero que me lleven a ninguna parte —exclamó—. Estoy aquí bien... No haré daño a nadie... Se lo juro... No haré daño a nadie...

—Cálmese, señorita —habló el doctor—. Nadie le va a hacer daño... Sólo vine para ver cómo se encontraba...

—Estoy muy bien... No deben dejar la puerta abierta... Él puede entrar...

—¿Quién puede entrar, señorita?

—El gran escarabajo... Tiene unas pinzas... Ya me tuvo una vez entre ellas... Me iba a partir en dos, pero logré escapar... ¿Sabe que se asoma por la ventana?

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace un rato, poco antes de que ustedes llegasen —la joven sonrió, mirando de un lado a otro—. Pero logré burlarlo.

—¿Cómo logró hacerlo?

—Me escondí —rió con más fuerza—. El gran escarabajo creyó que no estaba aquí... Lo burlé...

—Eso está bien —dijo el doctor Tickler—. Y tengo que darle una buena noticia... El escarabajo se marchó y no volverá más...

—Sí, volverá... Sé que volverá... Viene todos los días. Pero yo lo seguiré engañando, ¿verdad, doctor?

—No puede entrar aquí.

—Pero entrará si dejan la puerta abierta...

—No se preocupe. La cerraremos.

El doctor nos hizo una señal con la cabeza y salimos de la habitación.

—¿Desde cuándo está ella aquí, doctor Tickler? —pregunté.

—Seis semanas.

—¿Quién la trajo?

El doctor Tickler miró a Brandon y éste le hizo un gesto afirmativo.

—El señor Vance Watson.

—Doctor, imagino que ella no estará inscrita bajo el nombre de Luana Sherman.

—Cuando la trajo el señor Watson la inscribimos con otro nombre.

—¿Cuál?

—Emilyn Turping.

—¿Hay esperanzas de que se recupere?

—Muy pocas.

—¿Cómo llegó a esta situación?

—Eso es algo a lo que yo ni nadie puede contestar. El día que sepamos eso, habremos dado un gran paso para luchar contra la más cruel enfermedad.

Ya no hubo más preguntas.

Nos despedimos del doctor Tickler, dándole las gracias, y volvimos al auto.

—Es muy doloroso —rompió el silencio Brandon.

—¿Por qué esperaron a informarte esta noche? —pregunté.

—Dorothy habló a Vance Watson acerca de ti. Y Vance sumó dos y dos. Tuve que confesarle que te había contratado... Se puso muy furioso, y entonces me contó la verdad... Luana Sherman había perdido el juicio, justamente cuando él más la necesitaba... Tenía que reponerse de sus dos últimos fracasos... Llevaba mucho tiempo preparando el film que iba a rodar y sólo podía salvarlo una actriz como Luana.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo, y después de arrojar una bocanada de humo, prosiguió:

—Hace cosa de seis meses, un agente artístico de Houston, Texas, envió una serie de fotografías a Vance, las de una joven que era asombrosamente parecida a Luana Sherman. Se llamaba Janet Hopper... Cuando Luana sufrió el ataque de locura, Vance pensó que estaba a dos pasos de la ruina y que ningún milagro le salvaría. Pero, de pronto, recordó aquellas fotografías... Voló a Houston, y se entrevistó con el agente y con la doble de Luana. Quedó impresionadísimo, porque Janet Hopper y Luana Sherman eran tan exactas como hermanas gemelas. Pero Janet tenía padres y dos hermanos... La chica daba el peso porque también tenía aficiones artísticas. Había trabajado en compañías de aficionados. Todo había sido preparado por el destino para sustituir a Luana. Vance le hizo una oferta, contándole la verdad, y Janet aceptó. Vance le dijo que tenía que romper los hilos con su familia y con Houston. Para ello se le había ocurrido una idea. Janet iría supuestamente a trabajar a Europa... Todo salió bien. Bueno, hasta que yo empecé a sospechar... Ahora ya lo sabes todo.

No dije nada.

Llegamos al edificio donde estaba su apartamento, y detuve el auto.

—Tengo confianza en ti, Alex. Esto tiene que quedar en secreto.

—Lo entiendo.

—Te mandaré el cheque por correo.

—No, Brandon, no lo quiero... —Te hice perder tu tiempo.

—Conocí una buena historia, gracias a un amigo, y es lo que vale...

—¿Cuándo te marcharás a Las Vegas?

—Mañana mismo.

—Envíame una postal.

—Seguro, Brandon.

Saltó del convertible y me hizo un saludo.

Así acababa todo. El gran misterio estaba resuelto. Brandon había acertado. La Luana Sherman de ahora no era la verdadera, porque ésta se encontraba encerrada en la habitación número 42 del hospital del doctor Tickler.

Existía, definitivamente, un complot, pero todo estaba justificado desde el punto de vista del productor de *Noches de amor y crimen*.

«Al diablo, Alex, tu trabajo empezó y termino. Has acumulado un poco más de experiencia. Van a cometer un fraude artístico, pero sólo eso. Brandon te concedió su confianza al contártelo todo, y tú no puedes hundir a Vance Watson, ni a tu propio amigo, porque con eso no ganarías nada».

Al día siguiente me fui a las vegas.

CAPÍTULO IV

Llevaba dos días en la ciudad del juego. Estaba aprovechando bien mi tiempo. Dormía durante la mañana y pasaba un par de horas en la piscina al mediodía, en compañía de alguna beldad, y había muchas. Leía un par de horas durante la tarde y, finalmente, destinaba la noche otro poco a la diversión.

Aquella noche había invitado a cenar a Linda, una muchacha que conocí en un bar. Era simpática, de agradable conversación.

Ya estaba listo para salir del hotel cuando sonó el teléfono.

Pensé que sería Linda, porque me había demorado unos minutos.

—¿Sí?

—Hola, Alex, soy Brandon.

—¿Desde dónde llamas?

—Estoy en Las Vegas.

—¿Qué pasa, Brandon?

—Tengo que hablar contigo.

—Ahora tengo una cita con una chica, pero pasaré por tu hotel más tarde, a menos que quieras que vaya ahora.

—Preferiría que fuese ahora.

—¿De qué se trata?

—Ya lo imaginas, ¿verdad, Alex?

—Luana Sherman.

—Sí, Alex.

—Está bien, Brandon. Concédeme media hora, Cancelaré mi cita con la muchacha y me reuniré contigo.

—Estoy en el hotel Bryan, en la calle Jefferson, habitación 134.

—De acuerdo, Brandon.

Había alquilado un auto mientras permaneciese en Las Vegas,

otro «Buick» convertible, del mismo color que el mío de Los Ángeles. Le tenía cariño al modelo.

Fui al hotel donde se hospedaba Linda. Ella me estaba esperando en el bar. Era bibliotecaria de un pueblo de Nebraska y había ahorrado durante años para hacer aquel viaje.

—Lo siento, Linda —le dije—, pero tengo trabajo.

—¿Cómo se llama ella?

—No es ninguna otra mujer. No te cambiaría por ninguna, y debes creerlo. De verdad, se trata de un amigo que llegó de Los Ángeles y tiene que hablarme de algo importante.

—¿Y qué supones que debo hacer?

—Si me prometes ser una buena chica, te quedas en el restaurante, cenas y me esperas escuchando la música.

—¿Y qué hago si se me acerca un guapo mozo y me invita a bailar?

—Baila, pero no coquetees con él.

—Trato hecho —dijo.

—Volveré en cuanto pueda.

Regresé al auto y me puse en camino del hotel Bryan.

Al entrar vi en la recepción a un tipo de nariz aguileña y cabeza calva. Estaba leyendo un diario.

Me pareció extraño que Brandon hubiese elegido aquel hotel de tercera categoría para hospedarse en Las Vegas. A Brandon le gustaba el lujo y no se apartaría de él mientras conservase un manojito de dólares en el bolsillo.

—¿Adónde va? —preguntó el calvo.

—Me citó el señor Devore en su habitación.

—Está bien, suba. Segunda planta.

Hubiera subido de todas formas, pero no dije nada.

Me metí en un ascensor, que voló hacia arriba con mucho ruido.

Llamé con los nudillos en la puerta número 134. —Adelante— dijo una voz.

Se abrió la puerta y de pronto algo chocó contra mi cabeza. Me derrumbé, pero todavía no perdí el sentido. Levanté el brazo para librarme de otro golpe.

Resultó bueno, porque, gracias a eso, no me abrieron probablemente la cabeza. Me estaban golpeando con una gruesa cachiporra. Entre una nube vi la cara del sujeto. Tenía cabello

negro, la frente estrecha, ojos verdosos...

Esta vez me cazó en la muñeca. Creí que me partía el hueso. Al darse cuenta de que había fallado el segundo golpe, me pegó un puntapié a la cara.

Mis dientes entrechocaron y sentí en mi boca el sabor acre de la sangre.

Yo no podía hacer nada por mí mismo, y el otro golpe lo recibí en la oreja.

Sentí un agudo dolor y caí por un precipicio cuyo fondo estaba Heno de guijarros puntiagudos.

No sé cuánto tiempo transcurrió.

Me desperté al fin. Algo húmedo corría por mi cuello. La cabeza me daba vueltas.

Logré enfocar las imágenes. Allí a la izquierda había un lavabo. Caminé hacia allí como pude, tambaleándome, atrapé la jarra y volqué su contenido sobre mi cabeza. Las cosas comenzaron a ir un poco mejor.

Me miré en el espejo. Tenía una gran moradura en la barbilla, recuerdo del puntapié que me había propinado mi desconocido agresor.

De pronto, vi a Brandon, en el espejo. Estaba tendido en la cama.

Giré bruscamente y me aproximé al lecho.

Ya nada podía hacer por Brandon. Tenía un agujero en la sien. Le habían disparado a quemarropa, como lo demostraba su cabello chamuscado.

No le habían dado tiempo para que hablase conmigo. Sin embargo, busqué en su cartera y en su maleta por si me había dejado algún mensaje. Pero no encontré ninguno.

Salí de la habitación y bajé la escalera.

El calvo continuaba en su sitio de la recepción, leyendo su diario.

—Oiga, amigo —dije.

Alzó los ojos y enarcó las cejas al ver mi cara.

—¿Peleó con el señor Devore?

—No, no peleé con él.

—¿Qué le pasó entonces?

—Quiero saber quién es un hombre de unos treinta y cinco años,

moreno, frente estrecha, ojos verdosos...

—No conozco a nadie así.

—Hace un rato él estaba en la habitación del señor Devore. Llegó antes que yo, y quizá le preguntó a usted por mi amigo.

—No recuerdo a nadie.

Saqué un billete de cinco dólares y lo puse en el tablero.

—¿Recuerda ahora?

El miró el billete y lo tomó.

—Vi entrar a ese tipo, pero no preguntó por el señor Devore.

—¿Por quién preguntó?

—Dijo que venía a ver a Joe.

—¿Y quién es Joe?

—¿Y yo qué sé? No le concedí importancia. Si él quería ver a Joe, yo no tenía inconveniente en que viese a Joe.

—¿Salió ya?

—Sí, poco después que usted entró.

Alargué la mano y lo atrapé por el cuello de la camisa.

—¡Eh, compañero, le estoy diciendo la verdad! —Gruñó.

—¿Quién es el tipo?

—Nunca lo vi antes de hoy.

—Será mejor que no me mienta, compañero —le dije.

—Claro que no le miento. ¿Por qué había de hacerlo?

Le solté un empujón enviándolo contra la pared y salí de allí.

Podía suponer lo que pasaría ahora. El calvito subiría a la habitación de Brandon, se lo encontraría muerto, llamaría a la policía y... ¡Al infierno con todo! Yo tenía que encontrar a Frente Estrecha antes de que la policía me encontrase a mí.

Conocía a un tipo en Las Vegas que había pasado diez años en presidio. Le hice un favor cierta vez en Los Ángeles. Ahora trabajaba como *croupier* en una mesa de un garito. La tarde anterior habíamos cambiado un saludo. El garito se llamaba El Doble 6, y mi hombre Barry Long.

Me puse a su lado y le dije:

—Eh, Barry, necesito hablar contigo.

—Acabo mi turno dentro de una hora.

—Ha de ser enseguida.

—Está bien, espere. Pediré que me sustituyan.

Lo sustituyeron y nos fuimos al bar.

—Busco a un tipo, Barry —dije.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, pero te daré una descripción.

Se la di y él se quedó pensativo.

—No me recuerda a nadie —contestó—. Es un retrato pobre... ¿No tiene alguna cicatriz o le falta algún diente?

—No, Barry, no... Lo vi tan sólo unos segundos antes de marcharme un rato al limbo.

—Espere, hablaré con un amigo.

Le di diez dólares para él y para su amigo, y se alejó.

Bebí un doble de *whisky* mientras esperaba.

Al fin, Barry regresó a mi lado.

—No puedo darle un soplo seguro, Murdock, pero valdrá la pena que lo intente.

—Está bien. ¿Quién es?

—Mi amigo dice que puede ser Wade Penn, pero dice que Wade es peligroso, un asesino profesional. No trabaja aquí, sino en California.

A pesar de lo que decía, el soplo podía ser bueno. Mi amigo Brandon vivía en California, y Wade trabajaba en California. ¿No era lógico pensar que Brandon lo había traído pegado a sus talones?

—¿Dónde puede estar Wade si se llegó a Las Vegas? —pregunté.

—Vaya a lo de William Endicott. Es otro garito donde acostumbra a ir gente sospechosa. Está en esta misma calle, en el número 477. Diga al portero que lo envíe yo.

Pegué una palmada a Barry, le di las gracias y salí de allí.

Cuando llamé en el garito de William Endicott me abrió un tipo grandote, de cejas espesas y nariz chata.

—¿Qué tripa le duele, hermano? —Fue lo primero que me dijo.

—Me envía Barry Long, del Doble 6.

Me miró de pies a cabeza y, finalmente, soltó un gruñido:

—Está bien, pase.

El salón no era muy grande y sólo había cuatro mesas de juego.

Observé a los primos, medio centenar. Al cabo de un rato había terminado de examinarlos a todos. Entre ellos no se encontraba mi hombre.

Regresé junto a Cejas Espesas y le alargué un billete de cinco dólares.

—¿Está por aquí Wade?

—¿Qué Wade?

—Wade Penn, de California.

—¿Qué quiere de él?

—Me debe cincuenta morlacos y oí decir que estaba en la ciudad... Con la inversión que hago sólo ganaré cuarenta y cinco.

—No sé si se habrá ido ya. Penn jugaba al póquer en el reservado número siete. Siga por el corredor del fondo.

Ante el corredor había un hombre, y Cejas Espesas le hizo una señal con la cabeza. Eso significaba el salvoconducto.

Pasé junto al otro tipo y caminé por el corredor, que tenía puertas a ambos lados.

Abrí la número 7 y pasé dentro.

Había una lámpara que pendía del techo. La atmósfera estaba llena de humo. Cuatro tipos se sentaban alrededor de una mesa, pero ninguno de ellos era el que me había dejado fuera de combate en el hotel Bryan.

—¿Wade Penn? —pregunté.

Esperé unos segundos conteniendo la respiración. Si uno de ellos decía que era Wade, el soplo de Barry Long no habría servido para nada.

Un individuo rechoncho sacudió la cabeza.

—Estuvo aquí hasta hace poco, pero ya se fue.

—Es importante que lo vea.

—Estaba citado con una chica.

—¿En dónde?

—No lo dijo, pero la iba a llevar al cine.

—¿Qué cine?

—Ese que pasan la de John Wayne, un «western»... No recuerdo su título.

Le di las gracias y salí de allí.

Compré un diario y me mire la cartelera de los cines.

Sólo había uno, el Odeón, donde proyectaban un film de John Wayne, un «western». Estaba cerca de allí.

Compré mi localidad y pasé dentro.

En la pantalla había armado un griterío. Una pandilla de indios desharrapados tiroteaban a John Wayne y sus compañeros, que estaban sitiados.

Dejé de prestar atención a John para mirar la gente de las butacas. De vez en cuando, la pantalla se oscurecía y hacía difícil mi trabajo, pero cuando se producían los planos largos, había luz suficiente para ver las caras.

Lo vi de pronto inclinado sobre una rabia.

Wade Penn y el hombre que me había dejado sin sentido en el hotel Bryan eran la misma persona.

Me disculpé ante los espectadores y empecé a correr la fila. Wade Penn volvió la cabeza y me descubrió. Empezó a mover la mano hacia la axila.

Yo me arrojé sobre él por encima de un espectador y le estrellé el puño en la mandíbula.

La rubia que estaba a su lado se puso a gritar.

En segundos, se armó un alboroto indescriptible, que sobrepasó al que John Wayne armaba con sus indios en la pantalla.

Un tipo gordo me asió por el hombro y me dio un tirón hacia abajo.

Wade estaba gateando a través de la fila y lo hacía con gran facilidad.

Me libré del gordo y avancé pegando empujones.

Wade Penn ya había logrado salir de la fila y echó a correr.

—¡Deténganlo! —grité—. ¡Es un asesino!

Pero nadie se atrevió a detenerlo.

Aparté las cortinas y salí al vestíbulo.

En ese momento Penn se volvió hacia mí e hizo un disparo. No tuvo tiempo para apuntar y la bala hizo un desconchado en la pared.

Yo también tenía mi pistola en la mano e hice fuego.

Alcancé a Penn en el estómago y se encogió soltando un aullido. Su pistola cayó al suelo, y luego se derrumbó él.

Dentro del salón no se oían más que gritos, y en ese momento se interrumpió la proyección del film.

Corrí al lado de Wade y me incliné sobre él.

Wade ya estaba viendo la muerte, y sus ojos se habían llenado de pánico.

—Wade —dije—, ¿quién te contrató?

Sus labios se estremecieron, pero no contestó a mi pregunta.

—Wade —dije—, pronto llegará una ambulancia y te llevarán a

un hospital... Vas a ser atendido... Ya se están ocupando de eso... Dime ahora quién te pagó por matar a mi amigo Brandon Devore.

Por su boca asomó una espuma rosácea. De pronto, se estremeció convulsivamente y dobló la cabeza. Estaba muerto. Minutos más tarde apareció la policía.

Mostré mi credencial al teniente Jean Rank y le dije lo que había pasado.

—Sí —contestó—. Ya sabemos lo que ocurrió en el hotel Bryan. Nos lo dijo el dueño y lo estábamos buscando a usted.

No hubo duda acerca de la identidad del asesino de Brandon. La pistola de Wade dio la respuesta, porque era la que había disparado la bala que Brandon tenía en la cabeza.

Pero el teniente Rank me hizo una pregunta clave en la oficina de policía.

—¿Por qué Wade Penn mató a Brandon? —No lo sé, teniente.

—Wade Penn era un asesino profesional, lo cual quiere decir que alguien lo contrató para que matase a su amigo.

—Sí, es mi hipótesis, Rank, pero no le puedo contestar. Saldré inmediatamente para Los Ángeles.

—¿Usted cree que allí encontrará la solución?

—Sí, teniente.

—En tal caso, le agradeceré que me informe.

—No se preocupe, teniente, sabrá de mí.

Fui al hotel de Linda. Entré en el restaurante. La joven estaba sola, en una mesa, mirando las parejas que bailaban en la pista.

—Me conmueve tu fidelidad —dije.

—Te equivocas, te engañé lo menos con cuatro.

Me senté a su lado y le tomé una mano.

Ella observó mi cara.

—Alex, ¿qué te ha pasado?

—Anduve de gresca por ahí.

—Creí que estabas de vacaciones.

—Eso pensé yo también, pero los dos estábamos equivocados. Regresaré mañana a Los Ángeles.

—Lo voy a sentir mucho, Alex. Me estaba divirtiendo mucho contigo.

—Bueno, la noche es joven.

Nos pusimos a bailar.

Al cabo de un rato pasó un botones por entre las mesas, diciendo:

—Llaman al señor Murdock por teléfono.

Nadie sabía que yo estaba allí, o al menos eso era lo que había supuesto, pero en la vida uno se equivoca constantemente, y el botones me ofrecía una prueba de ello.

Hice una señal al botones y llevé a Linda a la mesa.

—Soy Murdock —dije al botones.

Cabina número tres, señor Murdock.

—¿Quién llama?

—No lo dijo.

Le di un dólar y me fui a la cabina número tres.

—Murdock al habla.

—Buenas noches, polizonte —me contestó una voz ronca.

—¿Quién está ahí?

—Un hombre que siente mucho que su amigo haya muerto...

—Tengo muchos amigos. ¿Cuál de ellos murió?

—Vamos, señor Murdock, no juguemos a los acertijos.

—Entonces, empiece usted por decir quién es.

—Señor Murdock, quiero conocer sus planes.

—¿Para qué?

—Soy amigo suyo, y se lo pienso demostrar muy pronto.

—Mañana volveré a Los Ángeles.

—No debe hacer eso. Las Vegas es una ciudad divertida...

Además, encontró una chica muy mona para pasar el rato, Linda Page... Bonita cara, hermoso cuerpo, y es una pobre muchacha, una bibliotecaria de un pueblecito que estuvo mucho tiempo soñando con pasarlo bien en Las Vegas.

Sentí que se me revolvían las tripas.

—Voy a colgar, amigo —dije.

—No lo haga. Todavía no terminé.

—No me interesa su conversación.

—Escuche, señor Murdock, mañana recibirá dos mil dólares...

—Ahórreselos. No estaré aquí para recibirlos.

—Claro que estará. Usted es un tipo inteligente y sabe lo que le conviene. Deje el agua correr, Murdock. Le decía que mañana recibirá dos mil dólares, y usted los podrá gastar alegremente con su compañera, la seductora Linda... Imagine lo que puede hacer

usted con dos mil dólares, y eso me lo va a deber a mí.

—Suponga que, a pesar de todo, me voy a Los Ángeles.

—Sería muy lamentable para usted y para la chica... Muy malo para los dos, sí, señor... ¡Pobre muchacha, venir de tan lejos para que le estropeen la cara...! ¡Quedaría muy fea con un baño de ácido! Imagínese a la pobre chica de regreso a su pueblecito. Tanto tiempo ahorrando para ir a Las Vegas, y la pobre vuelve con la cara como una momia.

—Usted es un gusano.

—Desahóguese, señor Murdock, puede decir lo que quiera. Soy un gusano, un lagarto, un tiburón, pero las cosas seguirán estando como estaban... Pase mañana por la recepción de su hotel y encontrará un sobre con dos mil dólares... Suerte para disfrutarlos.

Luego de decir eso colgó.

Dejé el receptor en la horquilla y salí soltando maldiciones. Cuando llegué a la mesa, Linda preguntó:

—¿Quién era?

Encendí un cigarrillo y arrojé un chorro de humo mientras observaba la cara de Linda. Sí, era muy bonita, y aquel condenado puerco había dicho que quedaría muy fea después de recibir un baño de ácido. No dudé que lo haría.

—Un tipo que me amenazó —contesté.

—¿Con matarte?

—Sí, pero dijo algo más, y se refiere a ti.

—¿Qué cosa?

—Te iba a marcar con ácido.

Sentí que se estremecía, pero trató de sonreír.

—¿Cómo me va a hacer eso si no me conoce?

—Ya te conoce. Sabían que yo estaba aquí, y eso quiere decir que nos vigilan.

—Comprendo... ¿Y qué vas a hacer?

—No puedo consentir que te hagan daño.

—Pero tú vas a investigar la muerte de tu amigo...

—Arreglaremos las cosas para ti y para mí.

—¿De qué forma?

—Simularé que acepto su oferta y que me quedo. Recibiré los dos mil dólares y dedicaremos el tiempo a divertirnos, pero mañana por la noche nos separaremos. Te compraré un billete para Spring

Valley, en Nebraska, te dejaré en el avión, y luego volaré yo a Los Ángeles. ¿Estás de acuerdo, Linda?

Movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Anda, vamos a bailar ahora —dije—. Si nos vigilan, hemos de dar la sensación de que todo marcha bien.

Al cabo de una hora la llevé a su habitación y nos despedimos a la puerta con un beso.

Regresé a mi hotel y no pasó nada aquella noche. Dormí hasta avanzada la mañana, como los otros días, y me dispuse a ir por Linda. Antes me pasé por la recepción.

—Señor Murdock —dijo el encargado— han dejado un sobre para usted.

Tomé el sobre. Era azul y sobre él estaba escrito mi nombre con letras de imprenta.

No abultaba mucho. Salí a la calle y rasgué el sobre. Del interior saqué dos billetes de mil dólares, pero eso era todo. No había ningún mensaje. ¿Para qué, si ya me lo habían dado la noche anterior? Un mensaje de muerte.

Entré en la habitación de Linda, y después de besarla en la nariz le mostré los dos billetes.

La joven dio un cómico suspiro.

—No sabía que valiese tanto... ¿Dónde pasaremos nuestro último día en Las Vegas, Alex?

—Iremos a la presa, nadaremos un rato, y luego te llevaré a un lugar donde comerás los mejores macarrones.

Mientras íbamos a la presa, miré el espejo retrovisor, pero no noté que nos siguiesen.

Fue un día maravilloso. A nuestro regreso, al caer la noche detuve el auto junto al hotel de Linda.

—Escúchame bien —le dije—. Durante todo el rato he estado vigilando y no observé nada extraño. Nos despediremos ahora como si nos fuésemos a ver hasta mañana. Informa en la recepción de que no saldrás. Vendré a por ti a medianoche e iremos al aeropuerto.

—De acuerdo, Alex.

La besé en la boca, y cuando ella salí del auto, dije con voz fuerte:

—Hasta mañana, Linda.

Regresé a mi hotel y subí a la habitación.

Me tendí en la cama y dejé pasar el tiempo mientras fumaba cigarrillos. Cuando vi que las saetas del reloj marcaban las diez, descolgué el teléfono y llamé al aeropuerto. Reservé un billete de avión para Spring Valley, Nebraska, y otro para Los Ángeles.

Esperé que diese resultado. De todas formas, comprobé que mi pistola respondería al primer apretón de gatillo.

Bajé al bar y bebí un par de *whiskys*.

Una rubia pegó la hebra conmigo y la invité.

Trató de convencerme para que fuésemos a jugar, pero yo le dije que estaba comprometido.

Todavía faltaba un rato para las doce, pero ya no quise esperar más tiempo allí. Me despedí de la rubia, monté en el auto y me fui a dar vueltas.

Por un momento creí que me seguía un coche que me apuntaba con sus faros, pero luego comprobé que sólo eran imaginaciones mías, porque el auto se fue por otro lado.

Finalmente, llegó la hora de ir por Linda. Era la parte más difícil y la única que serviría para comprobar que todo había marchado conforme a mis deseos.

Subí a la habitación de Linda y encontré a la muchacha lista.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Todo fue bien.

Cancelé su cuenta en la recepción y salimos. Linda se arrimó a mí mientras viajábamos hacia el aeropuerto. Hicimos el viaje al aeropuerto en silencio. El avión de Linda salía en quince minutos.

—Me divertí como nunca, Alex —dijo Linda—. Yo también.

—Siempre pasa lo mismo; lo bueno termina pronto.

—Cualquier día me ves aparecer por Spring Valley.

—Es una mentira muy simpática.

La besé en los labios, y nos separamos.

Encendí un cigarrillo mientras esperaba a que su avión emprendiese el vuelo. Al fin, llegó el momento.

El aparato corrió por la pista y empezó a volar.

Vi desaparecer las luces de posición en la oscuridad de la noche.

Mi avión salta al cabo de media hora.

Compré cigarrillos, algunos periódicos, y poco después, también yo volaba hacia Los Ángeles.

CAPÍTULO V

Entré el auto por el portón del hospital del doctor Tickler. Eran las nueve de la mañana.

En la recepción había otra enfermera, a la que mostré una de mis tarjetas profesionales.

—Quiero ver al doctor Tickler.

Habló por el teléfono lo mismo que había hecho la primera enfermera y luego se dirigió a mí:

—El doctor Tickler le ruega lo disculpe, pero no lo puede recibir.

—Tendrá que hacerlo —contesté con mi mejor sonrisa—. El asunto que me trae es urgente. Repítaselo, ¿quiere?

Habló otra vez por el micro y luego dijo:

—El doctor Tickler lo espera en su despacho.

—Gracias.

Subí a la primera planta y entré en el despacho del doctor Tickler.

Me salió al encuentro una enfermera muy mona de cabellos y ojos negros.

—¿Quiere esperar? El doctor Tickler tiene una visita. Encendí un cigarrillo y esperé.

La enfermera mona se puso a ordenar fichas en un archivo.

Al cabo de un rato sonó un zumbido y se encendió una luz sobre la puerta de acceso al gabinete del doctor Tickler. La enfermera desapareció por allí, pero regresó enseguida.

—Puede pasar.

El doctor Tickler estaba sentado tras una mesa consultando unos papeles.

—Síntese, señor Murdock —dijo sin mirarme.

Ocupé un sillón y respeté el trabajo al que el doctor se dedicaba.

Por fin, alzó los ojos y me miró como si yo fuese una mosca que se hubiese parado en el sillón.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Murdock?

—¿Cómo se encuentra Luana Sherman, perdón, quise decir Emilyn Turping?

—Continúa lo mismo... Los enfermos de su clase no ofrecen perspectivas rápidas de mejoría.

—Quisiera verla, doctor Tickler.

—Lo siento, no puede.

—¿Por qué no, doctor?

—Prohibí a la señorita Turping toda clase de visitas.

—Sólo estaré unos segundos.

—Lo siento, señor Murdock, pero insisto en que no puedo acceder, y ya conoce mis motivos.

—Doctor, sólo quiero verla, simplemente eso, echarle una ojeada y daré por terminada la misión que me trajo aquí.

—No lo comprendo. ¿Por qué quiere verla?

—Para cerciorarme de que sigue aquí.

Tickler apretó los maxilares.

—Sus palabras resultan ofensivas. ¿Qué es lo que piensa? ¿Acaso cree que yo dejo salir a mis enfermos?

—Quizá en esta ocasión la paciente salió sin que usted se diese cuenta.

—Eso es imposible.

—Podríamos comprobarlo.

—Hace tan sólo una hora he visitado a la señorita Turping y puedo garantizarle que se encontraba en su habitación. Y también le aseguro que no ha salido de aquí desde que llegó.

—Tengo mis dudas.

—¿Qué quiere sugerir, señor Murdock?

—Ya se lo he dicho, quizá esa habitación se encuentra vacía.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida. Soy el director de este hospital y llevo el control de todos mis pacientes. Sé perfectamente quién está y quién no está... Examino todos los días el libro de entradas y salidas, y eso contesta a su pregunta.

—Sí, debería bastar.

—Es cuenta suya que ponga en tela de juicio mis palabras. Si hubiese sabido que era éste el motivo de su visita, no lo habría

recibido.

Se levantó y yo también me puse en pie porque la audiencia había terminado.

—Doctor Tickler, ¿recuerda al hombre que vino conmigo la otra noche?

—Desde luego.

—Fue asesinado en Las Vegas.

—Lo siento.

—Tengo razones para suponer que su muerte está relacionada con Luana Sherman.

—Creo que se equivoca, señor Murdock. No puede estar relacionada con Luana Sherman por la sencilla razón de que ella está aquí, en su habitación, y no ha salido desde que llegó, como le dije antes.

Pulsó un botón bajo la mesa.

Se abrió una puerta por la que entraron dos robustos enfermeros.

—Por favor —dijo el doctor—. ¿Quieren acompañar al señor Murdock hasta la calle?

—Doctor Tickler —repuse—. No estoy acostumbrado a que me echen de ninguna parte.

—No lo interprete así. Tengo mucho trabajo y no puedo acompañarlo.

—Conozco el camino de la salida.

—Sin embargo, debemos evitar que usted se pierda. Buenos días, señor Murdock.

Di media vuelta y eché a andar.

Mis dos guardianes de corps también se pusieron en movimiento.

Una vez en el auto, encendí un cigarrillo y me quedé mirando el ala del edificio donde se ubicaba la habitación de Luana Sherman.

Nada hacía allí ahora, de modo que me dirigí a los estudios en donde se estaba filmando la nueva película producida por Vance Watson.

El portero de los estudios me detuvo pidiéndome el pase.

Le dije que quería hablar por teléfono con Dorothy Wyler y me autorizó a que entrase en la caseta.

Cuando establecí comunicación con Dorothy, le dije que

necesitaba hablar con ella. Dio la conformidad, y sólo tuve que pasarle el teléfono al portero para que éste me autorizase la entrada.

Dorothy me estaba esperando a la puerta del estudio número cuatro.

Nos dimos la mano y ella me dijo:

—He tenido noticias de Usted por el señor Watson y él por la policía de Las Vegas.

—¿Y qué dice su jefe de la muerte de Brandon?

—Le ha producido un gran asombro... Él no sabe por qué razón han podido matar a Brandon, pero aventura la posibilidad de que se hubiese metido en un lío.

—¿Está por ahí el señor Watson?

—En su despacho.

—Quisiera hablar con él.

—Tendré que consultarlo. Esta noche apenas durmió un par de horas.

—¿Quizá la filmación va mal?

—No, en absoluto, todo marcha bien; pero el señor Watson no quiere dejar nada a la improvisación. Fuimos a las oficinas de los estudios.

Dorothy me dijo que esperase en una sala y transcurrieron diez minutos antes de que regresase.

—El señor Watson lo recibirá, pero le ruega que sea breve.

—Eso ya no va a depender de mí.

—Tenga cuidado, Murdock, está muy nervioso.

Watson estaba a solas en un gran despacho. Escribía algo en un papel. Era la primera vez que lo veía con gafas. Se las quitó y me dirigió una mirada.

—Siento mucho lo de Brandon —dijo—. Es inconcebible en la forma en que murió. Asesinado por un matón.

—Yo no creo que haya sido tan inconcebible.

—¿Quiere decir que ya tiene una pista?

—Sí, la tengo.

—¿La dijo a la policía?

—No, preferí contársela a usted primero.

—Eso es muy interesante. —Dejó las gafas sobre la mesa y cruzó los dedos—. Hable, señor Murdock, le escucho.

—Brandon murió por lo que sabía acerca de Luana Sherman.

—¿Qué tontería está diciendo?

—Señor Watson, le recuerdo que yo también lo sé.

—Sí, y le doy las gracias porque ha guardado el secreto. Naturalmente, espero que siga haciéndose acreedor de mi confianza. Usted sabe lo que me juego.

—Sé lo que se juega —lo interrumpí—; pero ahora se trata de un asesinato, señor Watson.

—Disculpe, señor Murdock, pero no veo la menor relación entre la muerte de Brandon y mi película.

—No dije su película, sino Luana.

—Para mí es lo mismo, porque son dos cosas idénticas. Pero todavía no me ha dicho su hipótesis. Ande, suéltela...

—Hace un rato estuve en el hospital del doctor Tickler.

—¿A qué fue allí?

—Quería ver a Luana.

—¿Por qué? Ella no puede hablar con usted. Es una perturbada.

—Sólo quería cerciorarme de que sigue allí.

—Claro que sigue allí.

—¿Cuándo la vio por última vez, señor Watson?

—Bueno, la verdad es que no la he vuelto a ver desde que la ingresé en la clínica... Para mí resultó muy doloroso. Le pareceré a usted un egoísta, pero sólo pude pensar en mí... Un día de éstos iré a verla.

—No podrá verla, señor Watson.

—¿Por qué no?

—Porque Luana no está allí.

—No le entiendo una sola palabra. ¿Por qué Luana no está allí?

—Es una suposición mía.

Watson se echó a reír.

—Me quita un peso de encima. Pensé que a Luana le habría pasado algo... Disculpe el contrasentido.

—Señor Watson, yo pienso que Luana fue asesinada.

—Nunca oí nada más absurdo. Según eso, usted cree que yo estoy relacionado con tal asesinato. Muy bien, señor Murdock, imagino que sólo existe una forma de convencerlo a usted de que se equivoca. Que vea a las dos juntas, me refiero a Luana y a su doble, la que actualmente la está sustituyendo en la película.

—Sí.

Watson consultó el reloj.

—Luana, quiero decir Janet, terminará de rodar dentro de una hora y estará libre. Ella, usted y yo iremos al sanatorio del doctor Tickler y entraremos en la habitación de Luana. ¿Está de acuerdo?

—Es usted muy amable, señor Watson.

—Pero después de eso, no quiero volver a verlo en mi vida.

—De acuerdo, señor Watson. ¿Dónde quiere que lo espere?

—En la puerta del estudio número dos.

—Allí estaré.

Salí de aquel despacho con paso inseguro, como si hubiese bebido una copa de más.

El propio Watson había sugerido lo que yo iba a proponer, ver una al lado de la otra, a la verdadera Luana y a Janet, la que ahora la sustituía.

Dorothy me recibió con una sonrisa.

—¿Cómo fue la entrevista?

—Tempestuosa.

—Cometió un error, a pesar de todo.

—Sí, pero no tenía más remedio que cometerlo... Pensé que la Luana que vi en la clínica psiquiátrica y la que rueda la película es la misma.

—¿Qué?

—Llegué a imaginar que, mientras Brandon y yo hablamos en su casa, la falsa Luana se llegó al hospital de enfermos mentales y ocupó la habitación para interpretar el papel de una demente.

—¿Le dijo todo eso al señor Watson?

—No hizo falta, porque él lo comprendió antes. Me ha propuesto que lo acompañe al hospital de enfermos mentales para que me convenza de una vez por todas de que yo también merezco estar encerrado en una de las celdas.

—Ustedes los detectives siempre están buscando su culpable particular.

—Ande, ríase de mí también, Dorothy.

—Usted se lo buscó.

—¿Quiere almorzar conmigo?

—Lo siento, pero tengo trabajo.

—Está bien, lo haré solo, mientras llega la hora de mi condena.

Fui al bar de los estudios y despaché un almuerzo ligero.

Un hombre pequeñajo se me acercó.

—¿Es usted el señor Murdock?

—Sí.

—Dorothy le espera en el vestíbulo número uno.

—Gracias, ahora voy.

Pagué el importe de la consumición y me fui al estudio número uno.

La puerta estaba cerrada y la abrí.

El estudio estaba envuelto en la penumbra.

—Dorothy... —dije.

No obtuve respuesta y seguí avanzando hacia dentro.

Me detuve pensando que quizá Dorothy se había entretenido con alguien en el camino.

Saqué un cigarrillo y encendí un fósforo.

La llama se apagó y cambié de lugar para encender otro fósforo. De pronto, algo golpeó contra el suelo.

La sangre se me heló en las venas al ver que, justamente donde me encontraba antes, había uno de esos sacos que se utilizan como contrapeso en los estudios.

Me aparté rápidamente, acercándome a la pared. Si me hubiese pillado aquel saco me habría convertido en pulpa. Alguien había arriba. No podía pensar que fuese casual.

—¡Dorothy! —llamé otra vez.

Dorothy era la que me había citado allí y la persona que me había arrojado aquel saco debía estar todavía arriba.

Descubrí una escalerilla y subí por ella, siempre pegado a la pared.

Llegué a un estrecho corredor con barandilla de hierro, desde el que se observaba gran parte del estudio.

Miré hacia arriba y vi otros cuatro sacos como el que había caído. La escalerilla era más alta, con otro corredor a la altura de los sacos.

Subí aquel tramo y vi la cuerda que había sostenido el saco. La tomé y tuve la prueba de que había sido un intento de asesinato. La cuerda había sido cortada con un cuchillo.

El fondo estaba muy oscuro. Allí había un gran número de focos.

Saqué la pistola y seguí adelante. A la izquierda había un rincón

con una puerta. La abrí y vi otra escalera.

Bajé por ella y cuando llegué abajo, me encontré con otra puerta que me condujo fuera del *panteau*. Naturalmente, mi enemigo había huido por allí.

Eché a andar y fui otra vez a las oficinas del estudio.

Encontré a Dorothy trabajando delante de una mesa.

—Hola —dije.

Ella alzó los ojos y me sonrió.

—¿Ya almorzó?

—Sí. Y también acudí a la cita que me dio.

—¿Qué cita?

—Me dijo que me espetaba en el estudio número uno.

—¿Yo? ¡Oh, no!

—Un hombre pequeño me dio el aviso en el bar del estudio.

—Alex, ya le dije que no podía salir, que tenía mucho trabajo...

He estado aquí todo el tiempo. ¿Es alguna broma de usted?

—Olvídelo.

Le hice un saludo con la mano y salí fuera.

Las palabras de Dorothy no me habían conformado. Podía ser ella y, si no lo era, tendría que cargar la culpa a Vance Watson. Matándome se evitaba el pasar por la prueba del hospital de enfermos mentales. Eso lo justificaba todo.

Me fui a la puerta del estudio número tres.

Vi «extras» que iban y venían y me entretuve un rato observando sus vestimentas.

Al fin vi aparecer por una esquina a Vance y a la sustituta de Luana Sherman.

—¿Qué tal, señor Murdock? —dijo ella.

—Perfectamente.

—El señor Watson me ha puesto al corriente de sus negros pensamientos.

—Tengo mi auto —dije.

—Nosotros iremos en el mío —repuso Watson—. Síganos.

Eché a correr mi «Buick» detrás de su «Cadillac».

Íbamos por el bulevar La Brea, cuando el «Cadillac» conducido por Vance dobló por Fairfax. Yo también lo hice, y de pronto surgió por mi izquierda un camión de doce toneladas.

Giré el volante bruscamente y me fui contra una farola. Doblé

otra vez.

Por el rabillo del ojo vi al camión que rugía a mi lado como un elefante loco. Al mismo tiempo apreté a fondo el acelerador.

Pasé el camión y aminoré un poco la marcha.

En pocos segundos, mi cuerpo se había puesto a sudar como si estuviera cruzando el desierto del Llano Estacado.

Sentí deseos de detener el «Buick» y aplastarle las narices al conductor del camión.

Pero él se defendería, me pediría disculpas, de eso estaba seguro. Alegaría un fallo en los frenos, en sus reflejos, o en cualquier otra cosa, y yo tendría que admitirlo.

Pero lo cierto era que durante la última hora, habían atentado dos veces contra mi vida. Primero el saco, ahora el camión. ¿Qué iban a emplear la próxima vez? ¿Una bomba de relojería? ¿O se contentarían con meterme unas cuantas balas en el cuerpo?

Vi por el espejo retrovisor que el camión disminuía la marcha, empequeñeciéndose en la distancia.

Sonreí con los dientes apretados, mientras observaba el «Cadillac» de Watson. Vance estaría maldiciendo porque yo seguía vivo. ¿Y por qué no pensar en lo más sencillo, que Vance y su secretaria estaban de acuerdo? ¿No era ella la mujer de confianza del productor y su secretaria privada? ¿No había sido Dorothy quien me citó en el estudio número uno, justo donde intentaron convertirme en una tortilla?

Aqué! era un asunto que yo iba a dilucidar inmediatamente.

Nos dirigíamos al hospital del doctor Tickler, y cuando llegásemos, no podrían evitar por nada del mundo que yo viese aquella habitación, donde supuestamente se encontraba la verdadera Luana. No, no podía haber ninguna Luana allí, por la sencilla razón de quila impostora Janet Hopper había representado los dos papeles. De eso no tenía ninguna duda.

No sobrevino ningún atentado en el resto del camino. Ya no apareció ningún tanque para aplastarme, ni se abrió el suelo para tragar mi «Buick».

Llegamos al hospital de enfermos mentales del doctor Tickler.

Me reuní con Vance y Janet en el porche y él me miró a los ojos, sonriendo.

—¿Qué le pasó con el camión, Murdock?

—Casualmente, el conductor era amigo de mi familia y se me acercó para preguntarme por mi tío Johnny.

—Es usted chispeante. Tendré que pensar en contratarlo para crear *gags* en mis películas.

—Dependerá de la oferta.

Entramos en el edificio.

En la recepción estaba la misma enfermera que había visto aquella mañana.

—El doctor Tickler le espera, señor Watson —dijo al productor.

Mientras subíamos en el ascensor, dije a Watson:

—Celebro que haya avisado a Tickler. Así no tendremos dificultades.

No hizo comentario alguno.

No tuvimos que esperar. El doctor Tickler salió a nuestro encuentro, y después de cambiar un saludo, dijo:

—La paciente se encuentra en el mismo estado, señor Watson.

—¿No ha habido siquiera una pequeña mejoría?

—Lo siento, pero mi respuesta es negativa. Prefiero ser sincero a dar falsas esperanzas.

—Se lo agradezco, doctor —contestó Watson—. Ahora quisiéramos verla.

El doctor Tickler hizo un gesto de asombro, como si acabase de oír la peor maldición de los muelles de Nueva Orleans.

—Lo siento, señor Watson, pero usted sabe que tengo prohibidas las visitas a la paciente.

—Sin embargo, se trata de un caso excepcional. Le aseguro que es muy importante para nosotros tres que veamos ahora mismo a la enferma.

—Lo siento, pero me tengo que negar, señor Watson.

Me pasé la mano por la cara. Aquellos tipos estaban representando una comedia. Pero yo estaba decidido a abrirme paso con la pistola hasta la verdadera Luana Sherman.

—Insisto en que veamos a la paciente —dijo Watson.

El doctor titubeó unos segundos y por fin contestó:

—Está bien, señor Watson, aunque le advierto que eso puede empeorar a la enferma. Sería conveniente que la señorita esperase aquí, y le ahorraríamos un espectáculo desagradable.

Yo no podía consentir eso. Si Janet Hopper se quedaba, podía

largarse rápidamente a la habitación, ocupar su lugar en la cama y darme una segunda versión de sus facultades como actriz.

—Tiene que venir ella, doctor —opuse.

Janet Hopper hizo un gesto afirmativo.

—Por favor, doctor. Quiero ir también con ellos.

—Como usted quiera.

Así fue como nos pusimos en camino los que componíamos el equipo.

Ahora yo debería tener cuidado. Recordaba aquel par de enfermeros fuertes como reses, con los que el doctor Tickler me invitó a salir del hospital aquella mañana. Si uno de ellos aparecía y se atrevía a poner una de sus manazas encima de mí, él iba a saber unas cuantas cosas, entre ellas, lo rápido que soy con la pistola cuando me encuentro en situación de apuro.

Abandonamos el ascensor.

Un enfermero pelirrojo vigilaba el pasillo.

—Alain, abre la habitación 42 —ordenó el doctor Tickler.

Respiré profundamente cuando Alain hizo girar la llave en la cerradura.

—Con su permiso —dijo el doctor, y entró primero.

Luego entramos Vance Watson, Jane Hopper y yo.

Estaba preparado para que alguien surgiese por la derecha o la izquierda para darme un mazazo y ya tenía la mano en la culata de la pistola.

Pero no ocurrió nada de eso.

En la cama había una mujer, a juzgar por su cabello, y estaba vuelta hacia la pared.

—Señorita Sherman —dijo el doctor.

La mujer que había en la cama se volvió y por fin giró hacia nosotros.

Asombrado, vi que, efectivamente, era Luana Sherman.

CAPÍTULO VI

—¿Cómo se encuentra, señorita Sherman? —preguntó el doctor Tickler.

—Han dejado la puerta abierta... Va a entrar el gran escarabajo.

—No, señorita Sherman, ya se fue.

—¡Mírelo, ahí está! ¡Ya le veo las pinzas! Luana dio un grito y se arrimó a la pared.

—Cálmese, señorita Sherman. Estuve hablando con el gran escarabajo y me dijo que no vendría más, que la dejaría tranquila.

—¡Le mintió, doctor! ¡Se lo dije! ¡Se lo advertí! ¡Y usted se ha dejado engañar por él! ¡Está aquí y ya asoma sus pinzas!

Miré a Janet Hopper.

Eran exactamente iguales, salvo que ahora una de ellas, Janet, estaba maquillada, y Luana no tenía ningún color en la cara.

Vance Watson me miró fríamente.

—¿Ya está satisfecho?

Di media vuelta y salí de la habitación.

Encendí un cigarrillo y entonces salieron los demás.

Mi mente era un torbellino de ideas. Yo había fracasado. Mi hipótesis había saltado en pedazos. Efectivamente, ellos tenían razón. Luana Sherman estaba allí, en el hospital de enfermos mentales, y una mujer igual a ella la sustituía, Janet Hopper. Sólo se trataba de un fraude artístico, único medio de Vance Watson para evitar su ruina.

Oí que se despedían y creo que yo contesté con gruñidos.

Salimos del hospital y Vance Watson dijo:

—Eh, Murdock, párese un momento.

Me detuve y miré a los dos. Ambos sonreían.

—Usted ha dado lugar a una escena muy desagradable, señor

Murdock —dijo Watson—. Aunque no dudo que su intención ha sido buena. Brandon me informó que quiso darle mil dólares y usted los rechazó. Debo decirle que aquéllos habrían sido un pago por guardar nuestro secreto. Ya sabe, si se supiese lo que realmente ocurre, me ocasionaría un grave problema... Quiero decirle con ello que voy a pagar su silencio. Seré un poco más generoso que su amigo. Recibirá en su oficina un cheque por dos mil dólares.

—No, señor Watson —repuse—. No es necesario que me pague. Se lo dije a Brandon y lo repito ahora. Usted nunca fue mi cliente y por lo tanto, yo no le puedo cobrar honorarios. Puede estar tranquilo con respecto a su negocio particular. Nadie conocerá por mí la existencia de una doble Luana...

Ésa fue mi despedida. Subí a mi «Buick» y me alejé de allí sin esperarlos.

Hice un alto en un bar y pedí un *whisky*.

Por primera vez en mi vida profesional, me encontraba con un asunto que no tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué habían matado a Brandon? ¿Acaso por algo que no se relacionaba con Luana Sherman, como había sugerido Vance Watson? Pero eso es imposible. Yo había hablado con Brandon por teléfono en Las Vegas y cuando le pregunté si el motivo de haber ido allí era Luana Sherman, me contestó afirmativamente.

¿Por qué habían intentado matarme dos veces después de haber acordado con Vance Watson visitar la clínica del doctor Tickler? ¿Había sido casualidad lo del saco? ¿Cómo pensar eso, si la cuerda había sido cortada por la hoja de un cuchillo? Sólo el incidente del camión podía cargarlo en la cuenta del destino, con un poco de buena voluntad. Pero no habían asesinado a Luana Sherman como yo había pensado desde un principio. Era la única realidad. Lo que valía a la hora de hacer balance.

«¡Qué detective eres, Alex Murdock! Tú lo sabías todo. Sólo tenías que llegarte a la habitación 42 del hospital y se habría comprobado tu teoría. Pero te equivocaste, muchacho. Tienes demasiada imaginación. Te conviene dormir, descansar y, cuando despiertes, ya verás el mundo de otro color».

Fui a mi apartamento, tomé una ducha y me metí en la cama. Pero tardé mucho tiempo en dormirme.

Desperté cuando era de noche. Tomé otra ducha, me vestí y

decidí correrla por mi cuenta.

Quería olvidarlo todo y lo que me hacía falta era diversión.

Fui al restaurante Santa Anita, porque conocía a su dueño. Un tipo simpático, Guy Preston.

Guy me saludó efusivamente y me dio una buena mesa.

Se sentó un rato conmigo y me contó tres o cuatro chistes.

Reí con ganas y eso empezó a cambiar la cosa.

Luego, me dejó para atender a otros clientes.

Encargué el menú al mozo. Pero antes le dije que me trajese un martini con su aceituna.

Apareció una pelirroja con un cuerpo escultural. Pasó por mi lado, le sonreí y ella me correspondió con otra sonrisa.

Se sentó dos mesas más allá.

Me levanté y fui hacia ella.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —contestó.

—Creo que los dos estamos solos. ¿Qué le parece si nos ponemos de acuerdo y cenamos juntos?

—¿Quiere que se lo pregunte a mi esposo? Ya viene... Vi que avanzaba hacia allí un tipo con cara de mal genio.

—Perdone —dije, y volví a mi mesa.

Bueno, si quería una mujer, podía resolverlo fácilmente. Bastaría con que marcase un número de los que tenía en mi agenda.

Pasé las hojas sin decidirme entre Claire, Greta, Moira... Recordaba cada una de ellas, con sus virtudes y sus defectos. Finalmente, me decidí por Moira, una rubia con un gran sentido del humor. Era bella, poseía una bonita figura y era la compañía ideal para aquel momento.

Fui a la cabina telefónica y marqué el número de Moira. Descolgaron enseguida.

—¿Quién llama?

—Alex Murdock.

—¿Qué te pasó, Alex? ¿Tuviste las fiebres? Hace más de un mes que no oigo tu voz.

—El trabajo, pequeña. Ahora me tomé un descanso. He pensado que tú y yo podíamos divertirnos esta noche.

—Seguro, Alex. Pero ya he cenado.

—Da lo mismo. ¿Quieres que vaya a por ti en una hora?

—De acuerdo, Alex.

Le envié un beso por el alambre y regresé a la mesa. Despaché los platos sin entretenerme y pagué mi cuenta.

Cuando me marchaba, la pelirroja cuyo marido tenía mal genio, me envió una carga de diez mil voltios con sus ojos verdosos.

Me acerqué a mi auto y de improviso alguien me empujó por detrás, lanzándome contra la portezuela.

—Eh, ¿qué pasa? —empecé a girar.

Eran dos los tipos. Estaban casi encima de mí.

—Cuidado, Murdock —dijo el más alto—. Te estoy apuntando a la barriga.

Le miré el bolsillo de la chaqueta y vi que abultaba mucho.

—¿Qué le pasa a usted? —dije por decir algo.

—Pasa adentro... No, ahí no... Al asiento trasero.

—¿Por qué?

—Porque mi amigo va a conducir tu auto.

—Pero yo no quiero pasear con ustedes.

¿Por qué no, muchacho? Te vamos a llevar a un sitio que te va a gustar mucho... Entra, o te dejo tieso aquí mismo.

No dudé que me dejaría tieso en aquel lugar, porque estaba oscuro y las personas más cercanas se encontraban en la puerta del local de Guy Preston.

Abrí la portezuela y entré en el asiento trasero. El tipo que había hablado hasta ahora demostró ser muy vivo, porque no me permitió sacar la pistola.

—Las manos en la nuca, Murdock. Rápido.

Puse las manos en la nuca y me desarmó, mientras su compañero se sentaba al volante y subía la capota.

—Bueno, ¿por qué no se presentan? —dije.

—Está bien —contestó el alto—. Es de buena educación que las personas se conozcan cuando han de viajar juntas. Yo soy Bert y éste es Dennis.

—Tanto gusto.

—Te aseguro que el gusto es nuestro. Andando, Dennis, ya te estás demorando demasiado.

Dennis puso el auto en movimiento.

—Eh, oigan, muchachos —dije—, no vayamos muy lejos. Tengo una cita con una muchacha.

—Olvida eso ahora, Murdock. Ésta es una reunión más seria.

Sí, todo aquello era un rompecabezas, algo que no tenía sentido. ¿Por qué ahora, cuando todo estaba claro, me enviaban dos matones?

A cada segundo me sentía invadido por la rabia.

—Eh, Bert —dije—, ¿puedo encender un cigarrillo?

—Ponte el cigarrillo en los labios y te encenderé.

—Tengo manos.

—Sí, pero a veces, a nuestros clientes se les ocurren cosas que no tienen ninguna gracia. Por ejemplo, arrojar encendedores o fósforos llameantes a la cara.

Ya no tuve duda de que me encontraba ante dos asesinos de oficio. Y no me gustó nada.

Me puse el cigarrillo en los labios y Bert me alargó la llama de un encendedor de gas.

Después de encender y arrojar una bocanada de humo, dije:

—Deben estar equivocados.

—¿Por qué piensas eso?

—No tengo ningún asunto pendiente.

—Bueno, Murdock; eso es algo que a nosotros no nos importa. Nos explicaron poca cosa, ¿sabes?

—¿Quién le dio la explicación?

Me miró con ojos divertidos.

—Vamos, hombre, eres un profesional y no deberías decir esas ingenuidades.

—Oh, sí, perdonen, no me di cuenta.

Estábamos corriendo en una dirección que no me gustaba, por la carretera de Pomona.

—Oiga, ¿por qué ir tan lejos? —dije.

—Dennis y yo tenemos nuestros principios.

—Me gustaría conocerlos.

—Primero: Trabajar siempre donde no te puedan pescar...

—Bonito...

—Segundo: Trabajar con todas las comodidades que puedas encontrar...

—Ése es todavía mejor.

—Tercero: Cerciorarse de que nadie te puede espiar.

—Usted debe de ser poeta.

—No fue cosa mía, sino de Dennis.

—De modo que el poeta es Dennis. Enhorabuena, Dennis.

El hombre que se sentaba al volante movió la cabeza agradeciéndome el cumplido.

—Dígame el cuarto, Bert.

—No hay más. Con esos tres abarcamos nuestros trabajos, desde el principio al fin. Cumpliendo les tres principios no hay cuidado.

Repetí para mí los tres principios de aquella sociedad de asesinos, y llegué a la conclusión de que, si no se arreglaban las cosas, tendría muy pocas probabilidades de acudir a la cita con Moira.

—Oigan, muchachos, ¿por qué no me dejan hacer una llamada a la muchacha con la que tenía que salir?

Ninguno rió el chiste, y la verdad es que era malo.

Seguimos corriendo en la oscuridad hacia Pomona, pero luego, Dennis se desvió por un camino secundario.

Eso fue mucho peor porque por aquella dirección sólo podríamos llegar a un lugar: a los montes de San Bernardino.

—¿Queda mucho? —pregunté.

—Un rato —contestó Bert.

—Entonces, con su permiso, voy a dormir.

—Claro, hombre. Duerme, eso te conviene...

Malditas las ganas que tenía yo de dormir, pero valía la pena simular un poco. Cuando menos lo esperase, me arrojaría sobre él y eso lo debía hacer antes de que llegásemos a nuestro destino, en el que indudablemente me tendrían reservada una fosa.

Dejé caer la punta del cigarrillo en el suelo y la aplasté con el tacón del zapato.

Me eché hacia atrás y cerré los ojos.

El firme del camino era malo, había algunos baches. Pensé que el mejor momento sería cuando el auto agarrase un buen agujero.

Esperé, relajando los músculos, para ponerlos en tensión en el instante preciso.

El coche se bamboleó y Bert, que estaba a mi lado, soltó una maldición.

Salté sobre él.

Le agarré la muñeca en el momento en que apretaba el gatillo.

Se produjo un estampido que me dejó cegado unos segundos.

Pero yo sabía que la bala no me había tocado porque oí el crujido de la capota.

Le solté un cabezazo a Bert y sus narices estallaron.

No solté la pistola y le retorcí la mano.

De pronto, el auto se detuvo.

Arrojé a Bert lejos de mí y me agaché para tomar la pistola. Ya la tenía en la mano, pero algo frío y duro se apoyó en mi cabeza.

—Anda, deja eso —oí la voz de Dennis. Déjalo ahora mismo o te meto una bala que te llega hasta los talones.

Dejé el arma de Bert donde estaba.

—Levántate, poco a poco, los brazos en alto —continuó ordenando Dennis.

Puse los brazos en alto y me alcé poco a poco, como él deseaba.

—Échate atrás.

Me apoyé en el respaldo.

Bert había perdido el conocimiento, pero ahora se estaba recuperando. Sus narices sangraban mucho y respiraba haciendo un gorgoteo.

Al principio soltó unos gruñidos, pero luego sus palabras fueron inteligibles:

—¡Maldito...! Mira lo que ha hecho conmigo, Dennis... Juro que lo haré pedazos... Tendré que necesitar un doctor...

—Asegúrate primero si tienes rota la nariz —sugirió Dennis.

Bert sacó un pañuelo con el que trató de contener la hemorragia. Sus ojos me miraron llenos de odio.

Habló y, en esas condiciones, su voz sonó muy extraña:

—Haré que desees no haber nacido...

—¿Tienes rotas las narices? —preguntó Dennis, porque era su preocupación.

—No, creo que no —contestó Bert—. Ha sido un milagro. Me pegó con mucha fuerza.

Lamenté no haberlo hecho con todas mis energías para ponerle las nances en el cogote, aunque tampoco habría servido.

—No, no tengo rotas las narices —repitió Bert.

—Eso es bueno, porque no necesitas un doctor... Mira el techo, sólo así podrás contener la hemorragia.

Bert echó la cabeza atrás, sosteniendo siempre el pañuelo sobre su nariz.

Dennis estaba arrodillado en el asiento delantero, vuelto hacia mí, apuntándome a la cara con su pistola. Transcurrieron otros tres minutos.

Al fin, Bert se quitó el pañuelo de la cara. Ya había dejado de sangrar. La sangre le había manchado la camisa, la corbata y las solapas de la chaqueta.

Su nariz había aumentado al doble de su tamaño y estaba adquiriendo un color cárdeno. También se le estaban hinchando los pómulos. Tenía una cara que difícilmente reconocería su madre, aunque yo tenía mis dudas de que hubiese tenido una.

Se agachó y tomó su pistola. Movi6 el brazo muy rápidamente y el cañ6n me golpe6 en la barbilla.

Hice rechinar los dientes.

—Cuidado, Bert, no me hagas eso —dije.

—No te gust6, ¿eh? ¿Y qué hiciste tú conmigo? Dije que te iba a hacer pedazos.

—Ya estás faltando a vuestro segundo principio, Bert... —Opuse—. Recuérdalo: «Trabaja con toda la comodidad que puedas encontrar».

—Es cierto, Bert —me apoy6 Dennis—. Éste es un mal sitio... Sólo estamos a dos millas de la cabaña. Allí te podrás divertir en grande.

Bert titube6.

—Está bien... Echa a correr, Dennis. Estoy deseando llegar cuanto antes. Quiero ver la clase de agallas que tiene el tipo.

Dennis guard6 la pistola y puso otra vez en marcha el auto.

Miré por la ventanilla. No se veía una sola casa.

Otra vez el coche corri6 por un terreno llano.

Ahora vi una cabaña delante. Estaba hecha con troncos.

Fuimos hasta la parte trasera de la cabaña y Dennis par6 allí.

Bert sali6 fuera, y me apunt6 con la pistola por el hueco.

—Vamos, muchacho.

Se retir6 dos pasos para que no pudiese abalanzarme sobre él.

Pero habría sido estúpido por mi parte hacerlo. Habría parado la bala con el cuerpo.

Respiré profundamente. El aire era bueno. Olía a pino de la mejor clase.

Dennis dio la vuelta al auto por la parte del motor y dijo:

—Vamos adentro, Bert... Aquí hace frío.

Haría frío para ellos, porque yo estaba muy caliente.

Bert dio la conformidad.

—Camina delante de mí, Murdock —ordenó.

Dennis me precedió un par de yardas. Tenía la llave en la mano y abrió la puerta de la cabaña.

—Espera a que Dennis encienda, Murdock —dijo Bert.

Dennis encendió una lámpara de petróleo y Bert me apoyó la pistola en la espina dorsal.

—Ya puedes entrar, Murdock.

Penetré en la habitación. Los escasos y toscos muebles tenían un dedo de polvo.

—Anda, siéntate en una silla —ordenó Bert.

Era la silla más cercana.

La tomé para sentarme, pero la levanté y lancé contra Bert. El tipo tenía mala suerte conmigo, porque lo alcancé en el hombro.

Después de la silla, salté yo, y otra vez le atrapé el brazo armado.

Pero estaba visto que Dennis siempre me estropearía el número. Sentí un tremendo golpe en la cabeza. Mis piernas flaquearon y dejé libre a Bert.

Se quiso vengar de lo que yo le había hecho con las narices y del golpetazo de la silla.

Subió el brazo armado y lo bajó.

El cañón me golpeó una oreja. Creí que me la arrancaba.

A veces ocurren cosas extrañas. Uno se queda quieto sabiendo que lo van a convertir en picadillo.

Eso me pasó a mí, pero no porque me faltase voluntad para defenderme, sino porque los dos porrazos que había recibido me habían insensibilizado el cerebro.

Bert me volvía a cazar con la pistola en la cabeza.

Juré que a la próxima oportunidad me pondría una chichonera. Ahora ya era demasiado tarde.

Me derrumbé en el suelo y pensé que no volvería a despertar o que, cuando lo hiciese, estaría sobre una nube tocando una lira.

CAPÍTULO VII

Abrí los ojos y miré a mí alrededor. Oí música.

Pero no vi ninguna lira. Sólo una mesa de pino y unas cuantas sillas. Al fondo, descubrí también un camastro, en cuyo borde estaba sentado Dennis, escuchando una radio de pilas.

Había sintonizado una emisora que daba una música muy dulce, romántica.

No vi a Bert, pero supe enseguida que estaba allí, porque su pie se hundió en mis riñones.

—Celebro que no te hayas muerto, bastardo —dijo.

Me dejó sin respiración y pensé que me iba a desmayar otra vez.

—Bert —dijo Dennis desde el camastro—, si le pegas más, este chico no durará.

—Míralo, Dennis... Se cree con muchas agallas y ya lo ves, resulta de pura mantequilla, como los otros.

Aquel canalla me estaba quemando la sangre. Me habría gustado oírlo después de recibir lo que yo llevaba encima.

Me encogí apartándome de él, para evitar que me pegase otra vez.

—¿Puedes levantarte? —preguntó.

—Y muchas cosas más —le contesté.

—¿Qué, por ejemplo?

—Tráeme a tu novia y lo sabrás...

Soltó una carcajada por la boca.

—Eso merece un premio —dijo.

Quiso dármelo, pero yo sabía que sería un puntapié en la boca. Me incliné a un lado y sólo me alcanzó el hombro.

—¡Eh, Bert...! —dijo Dennis—. Quiero escuchar esta emisión. Sabes que es mi favorita. Déjalo un rato. Ya te divertirás luego.

—Está bien, Dennis.

Agradecí mentalmente a Dennis su intervención, porque yo no estaba para aguantar mucho más.

Eso me dio tiempo para seguir recuperándome. Sólo sería cuestión de un par de meses, pero era bueno que empezase cuanto antes para volver a sentirme hombre.

Aquella música dulzona era lo mejor para mis dolores.

Se interrumpió de pronto, y un locutor dijo:

«Están escuchando ustedes nuestra sección *Balada para una pareja amorosa*».

Sentí deseos de reír. Era mi balada. Había acertado el locutor. Yo tenía conmigo la mejor pareja amorosa de todos los tiempos. Bert y Dennis. Asesinos Profesionales Románticos Consolidados.

Ahora le llegó el turno a otra balada. Y era tan dulce como la anterior.

—Eh, muchachos... ¿Tienen algo para beber? —dije.

—¿Qué prefieres, Murdock? —preguntó el bueno de Bert.

—*Whisky*.

—Agua...

—Tengo dinero, muchachos. Puedo pagaros el *whisky*...

Dennis chilló desde el camastro:

—¡Maldita sea, dale el *whisky* y déjame oír esto!

Bert se acercó a la mesa donde había una botella y dos vasos, Escanció en un vaso un par de dedos de *whisky* y me lo trajo.

Tomé el vaso y bebí un pequeño sorbo. Nunca me había sabido tan bueno el *whisky*. Lo paladeé. Sería un *whisky* barato, de lo peor, y para mí, era néctar de dioses.

Me reanimó mucho. El cerebro empezó a funcionar con el carburante.

¿Por qué no habían acabado conmigo todavía? ¿Sólo porque Bert quería vengarse de mí por haberle hinchado las narices?

No era lógico. Debía haber algo más. Quizá me retenían allí prisionero esperando a que el Gran Jefe llegase.

¿Y por qué quería verme el Gran Jefe?

Al diablo con ellos, y con mis pensamientos. La vida era buena porque yo tenía un vaso de *whisky*. —¿Puedo sentarme en una silla? — dije.

—Sí, puedes sentarte —asintió Bert.

Me estaba mirando con el ceño fruncido y yo sabía por qué. Dudaba de que tuviese fuerza bastante para ponerme en pie.

«Anda, Alex, demuéstrole que se equivoca. Que puedes levantarte, y hasta correr las cien yardas en un tiempo ligeramente inferior al del *recordman* mundial».

Apoyé una mano en el suelo y me incorporé. Mis huesos crujieron y sentí cómo el cerebro bailaba en la caja.

Bert soltó una risita.

—No, muchacho... No puedes, anda, quédate en el suelo. Reuní todo mi coraje y me alcé.

Vi que la silla se movía. Pero Dennis continuaba sentado en el camastro, escuchando su música romántica y Bert estaba al otro lado de la mesa.

La silla no podía ser movida por nadie, sólo por la ilusión de mis ojos.

Di un paso, otro..., y por fin logré apoyarme en la mesa. Luego, ya fue fácil sentarme en la silla.

—Bravo, chico —dijo Bert—. Lo conseguiste.

Alargué el brazo para tomar la botella, pero aquel bastardo fue mucho más rápido que yo y se apoderó de ella.

—Un trago, Bert —dije.

—¿Cuánto me das por un trago?

—Cinco dólares...

—¡Cállense los dos! —gritó Dennis.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un billete de cinco dólares, que tiré hacia Bert.

Tomó el billete y lo alisó con los dedos. Acercó la botella al vaso.

La volcó, pero el *whisky* cayó fuera del vaso, sobre la mesa. Luego, retiró la botella y dijo:

—Ahí tienes tu trago.

—Mi vaso sigue vacío.

—Fue culpa tuya, lo moviste. Pero ya te di lo que te correspondía por los cinco dólares.

Apreté el vaso para tirárselo a la cara y juré que le acertaría en la frente o en su nariz gordinflona, o en su boca de rata.

En aquel momento se interrumpió otra vez la música, y el locutor dijo:

«Damos un boletín de última hora, que no dudamos va a producir una gran emoción entre nuestros oyentes —hizo una pausa—. La actriz Luana Sherman ha encontrado la muerte en un accidente automovilístico».

A pesar de mi estado, tuve la impresión de que me golpeaban de nuevo. Esta vez en la nuca.

Volví la cabeza hacia la radio de pilas que Dennis sostenía en sus rodillas.

El locutor prosiguió:

«La actriz viajaba sola en su auto, un “Rolls-Royce”, cuando sobrevino el fatal accidente. Las primeras noticias hacen sospechar que Luana Sherman viajaba a una velocidad excesiva. El auto patinó en una curva y cayó por un acantilado, dando muchas vueltas de campana, antes de quedar destrozado en el fondo. El productor Vance Watson fue avisado inmediatamente de la muerte de la actriz, que como saben, había iniciado hace unos días el rodaje del film *Noches de amor y crimen*. El señor Vance sufrió una gran conmoción al serle comunicada la noticia. Pasados los primeros momentos, informó que Luana Sherman había salido de su casa minutos antes. Habían estado hablando de la película en rodaje y el señor Watson se ofreció para llevarla en su auto. Casualmente, el chófer de la actriz, Jack Drake, tenía el día libre. Tan pronto como sepamos más noticias de este luctuoso suceso, les informaremos a ustedes. Mientras tanto, continuamos retransmitiendo música de nuestra sección *Balada rara una pareja amorosa*».

La balada me sonó a música de un funeral.

Allí estaba la clave de todo. Luana Sherman había muerto. Ahora, de un solo golpe, cada pieza del rompecabezas ocupaba su sitio.

Bert interrumpió mis pensamientos:

—¿Lo has oído, muchacho?

Le dije que sí con la cabeza.

—Fue por lo que trajimos la radio de pilas —sonrió—. La persona que nos paga por el trabajo quiso que tú también lo escucharas... ¿Lo entiendes ahora, muchacho? No moriste antes, porque él tenía rancho interés en que supieses lo que le había pasado a Luana Sherman.

—Vuestro patrón es muy generoso —contesté.

—No tiene ningún significado para nosotros, ¿lo oyes? Fue cuenta de él y nosotros hemos cumplido.

Supe lo que Bert quería decir con esto. Todo lo que había ocurrido hasta ahora no era más que un aperitivo para el plato fuerte, la muerte de Alex Murdock.

Era una hermosa situación. Yo estaba hecho polvo, y ellos podían moverse de un lado a otro y manejar sus armas.

Pero ¿para qué les hacían falta las pistolas? Podían acabar conmigo de cualquier otra forma. Habría bastado que me sacasen fuera y me empujasen al hoyo, si es que ya lo habían cavado.

Bert dejó la botella y me apuntó con la pistola.

—Llegó la hora, Murdock.

—¿A cuántos mataste ya, Bert?

—No llevo la cuenta.

—Han debido ser muchos.

—Sí, Murdock.

—¿Qué sientes cuando matas, Bert?

—Nada, no siento nada.

—Ni placer ni dolor...

—Eso es. Ni placer ni dolor.

La lámpara estaba encima de la mesa y ya había hecho mi composición de lugar.

Como siempre, Dennis quedaba detrás de mí. El sería el encargado de rematarme. No fallaba nunca.

Estaba reuniendo fuerzas para levantar la mesa. No serviría de mucho, pero tenía que intentarlo. Era mi única posibilidad.

Me levanté bruscamente, empujando la mesa hacia arriba y contra Bert.

—Quédate quieto y la bala te entrara entre los ojos —dijo Bert.

Los vasos, la botella y la lámpara, se fueron abajo. Se produjo una gran llamarada, al tiempo que se oía un estrépito de los cristales rotos.

Bert lanzó un grito infrahumano.

Tenía sus motivos. Se había convertido en una antorcha viviente.

Giré rápido hacia Dennis, el cual se había quedado asombrado viendo a su amigo vociferar, pegar saltos y aullidos.

Salté sobre Dennis y éste se volvió para recibirme con un tiro.

Le pegué en la mandíbula en el momento en que se producía el disparo.

La bala cruzó por entre mi cabeza y mi hombro y fue a estrellarse en un tronco del fondo.

Los dos caímos en el suelo.

Le tomé la mano armada, pero él se desasíó enseguida con un brusco movimiento.

Le golpeé con el filo de la diestra en la muñeca, pero tampoco soltó la pistola. Sólo podía hacer una cosa: agarrarme a él.

Lo abracé como si fuese el amigo de la infancia al que no había visto en los últimos quince años.

Quiso deshacerse de mí y su ímpetu nos hizo rodar hacia el fuego.

Bert se derrumbó, soltando cada vez gritos más débiles.

La cabaña estaba ardiendo como la yesca y Dennis y yo continuamos rodando hacia el fuego.

Nos detuvimos a dos palmos de las llamas.

El cabello de Dennis se prendió y eso fue lo que le hizo soltar el revólver.

Ahora los dos nos separamos por instinto de conservación.

No podía sostener una lucha con él. Eso sería imposible. Jamás le ganaría.

Me levanté y salté sobre él.

A Dennis le hubiera bastado apartarse y yo hubiera caído justo en la hoguera.

Pero no se apartó.

Mi cabeza chocó contra su estómago. Lo lancé sobre las llamas. Yo también caí en el fuego, pero me echa hacia atrás y sólo me chamusqué.

Dennis se levantó y trató de salir de aquel horno, pero las llamas habían prendido en todo su cuerpo.

Vi su cara horrorizada.

—Ven aquí, Dennis... —Le alargué una mano para sacarlo.

No podía consentir que muriese así, aunque sólo fuera un bastardo asesino.

Pero él perdió el equilibrio y cayó justamente dentro de la hoguera.

Yo no podía salir por la puerta, pero allí había una ventana.

Me costó mucho trabajo abrirla, porque los goznes estaban oxidados...

La radio de pilas seguía funcionando en el camastro, Era música de la sección *Balada para una pareja amorosa*.

CAPÍTULO VIII

Nadie me vio subir a mi apartamento y ésa fue una suerte, porque así me ahorré explicaciones.

Fui derecho al baño y me quité la ropa que estaba manchada de sudor y de sangre.

Dejé correr sobre mi piel el agua caliente y luego la fría.

Empecé a sentirme otro hombre.

Después de secarme con la toalla me miré en el espejo.

No era malo el aspecto de mi cara. Había recibido muy pocos golpes allí. Era mi cuero cabelludo el que estaba resentido, pero con un buen peinado también se podría disimular.

Me desinfecté las heridas y esto me escoció un poco.

Luego preparé café. Despaché dos tazas casi sin azúcar.

Ya había cruzado por mi mente una pregunta y ahora se repitió otra vez, como un *slogan* publicitario en la pantalla de la televisión.

¿Cuál de las dos había muerto en el accidente de automóvil? ¿Habría sido la verdadera Luana? ¿O se trataba de Janet Hopper, la sustituta?

Otro aspecto del asunto estaba claro. Era lógico imaginar que los dos matones, Bert y Dennis, una vez cumplida su misión conmigo, deberían haber anunciado a su patrón que yo estaba metido en el hoyo. Pero, naturalmente, su patrón nunca recibiría aquella clase de informe.

Eso era malo para mí, ya que, entonces, el patrón contrataría a nueva gente para darme el pasaporte. Y al parecer, él era una persona que tenía facilidad para enrolar forajidos. Ya había conocido a tres a lo largo de aquel asunto: El asesino de Brandon Devore y ahora aquellos dos que me habían querido liquidar en los montes San Bernardino.

Ya estaba vestido y listo para emprender de nuevo el trabajo.

Marqué el número del diario *Star* y pregunté por mi amigo Michael Brown.

—¿Qué pasa, Alex?

—Mike, te llamo para que me informes acerca de la muerte de Luana Sherman.

—¿Qué tienes tú que ver con eso, Alex? —He sido yo el que ha hecho la llamada.

—Está bien. Fue un accidente, de eso no hay lugar a dudas. Iba un coche detrás de ella conducido por un tal Milestone, ingeniero de electrónica. Poco antes Luana lo había pasado con su «Rolls-Royce» y él estaba corriendo a ochenta millas. Dice que el «Rolls-Royce» perdió la dirección.

—¿Cómo quedó ella?

—Muy mal, recibió varios golpes en la cabeza.

—¿En la cara...?

—No, en la cara no. Aunque sea macabro, Luana Sherman continuará estando bella en su ataúd... ¿Por qué hiciste esa pregunta?

—No seas suspicaz, Mike. Te estaba preguntando y basta. Dime más cosas.

—Vance Watson acudió a identificarla. Fue un mal trago para él. Casi se desmayó. También fue al lugar del accidente la secretaria de Watson, Dorothy Wyler.

—Continúa, Mike.

—¿Qué más quieres saber? ¡Oh, sí, el funeral! Se celebrará pasado mañana a las once en la iglesia de San Jorge. Promete ser tan grande como el de Gary Cooper.

—Lo imagino. ¿Cuáles son los planes de Watson con respecto a la película?

—La ha suspendido, naturalmente.

—¿No será su ruina?

—¿De qué hablas, muchacho? Watson va a cobrar un millón de dólares. Eso dice la póliza que contrató con la Fidelis. Si Luana Sherman moría durante el rodaje, Watson cobraría el millón, y es justo lo que ha pasado... La compañía aseguradora hizo el gran negocio. Imagínate, ha ocurrido el accidente al tercer día del rodaje.

—Gracias por todo.

—Eh, Alex, ¡un momento! —¿Qué pasa, Mike?

—A mí no me la pegas... Te ha dejado un poco perplejo lo del seguro y yo creo que tiene relación con lo que preguntaste. ¿Estamos a la par o no lo estamos? Siempre he jugado limpio, Alex.

—No te puedo decir nada porque tu diario sería objeto de demanda por difamación. Quizá dentro de unas horas pueda informarte de alguna cosa, cuando tenga las pruebas que busco. Entretanto, puedes hacer algo por los dos.

—¿Qué cosa?

—La pregunta a la que tienes que contestar es ésta: ¿Qué número calzaba Luana Sherman en el momento de sobrevenir el accidente?

—Vete al infierno, Alex, no estoy para bromas.

—No era ninguna broma.

—¿Qué importancia tiene el zapato que calzase Luana?

—No dije el zapato. Dije el número. ¿Lo vas a investigar o quieres que lo encargue a otra persona?

—Está bien —rezongó Mike—. Será cuenta mía.

—Quiero que hagas el trabajo sin que nadie se de cuenta. No preguntes a nadie. ¿Lo oyes bien? Absolutamente a nadie.

—Oye, Luana está en la Morgue, tienen que hacerle la autopsia... ¿Qué quieres? ¿Que me meta allí y...?

—Se supone que eres un buen periodista. Vete a la Morgue y entérate por ti mismo del zapato que Luana calzaba. Pero que no se entere ni el empleado. Hablaré contigo dentro de una hora.

Antes de que empezara a protestar de nuevo, colgué el receptor.

Marqué el número de información y pedí a la señorita de la compañía telefónica el número de la Fidelis. Luego me puse en comunicación con la compañía aseguradora que tendría que pagar a Watson un millón de dólares por la vida de Luana Sherman.

Había un servicio de emergencia atendido por un inspector que dijo llamarse Frederic Bennett.

—Oiga, señor Bennett —dije después de darme a conocer—, quisiera hablar con el empleado más directamente relacionado con la póliza sobre la vida de Luana Sherman.

—¿Por qué?

—Se lo diré a esa persona.

—Es el inspector jefe, Lewis Griffith, pero él no está aquí.

—¿Dónde está?

—En su apartamento. Hablé con él hace un rato. Me dio la dirección y se lo agradecí.

Salí de mi apartamento. Era posible que no volviese en algún tiempo, hasta que solucionase aquel caso. Si ponían más matones en circulación, lo primero que harían sería visitarme en mis habitaciones particulares.

Media hora más tarde apretaba el timbre de Griffith.

Me abrió una rubia muy alta, de rasgos exóticos y busto prominente, que se cubría con un batín acolchado.

—Quiero hablar con el señor Griffith. Soy Alex Murdock, investigador privado.

—Lo siento, pero mi marido ya se acostó. Hoy tuvo un día muy agitado.

—Fue por lo de Luana Sherman...

—Sí.

—Es justamente de ella de quien quiero hablarle. Me observó con un poco más de atención y, finalmente, dijo que entrase.

Pasé a un *living* y ella entró en otra habitación. Al cabo de un rato vi aparecer a un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabello canoso y cara muy bronceada.

—¿Qué quiere decirme, señor Murdock?

—Me dijeron que su compañía pagará un millón de dólares a Vance Watson por la muerte de Luana Sherman.

—Está bien informado.

—¿Habría cobrado Watson ese dinero si Luana hubiese muerto antes del rodaje de la película *Noches de amor y crimen*?

—No, sólo habría cobrado medio millón.

—Señor Griffith, ¿cuánto me pagaría su compañía si yo les proporcionase las pruebas para impugnar esa póliza?

Griffith me miró con los ojos entornados. Se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Oiga, Murdock, si no tiene trabajo, yo le puedo proporcionar un par de asuntos en que ganará unos centenares de dólares.

—No soy un investigador privado en ruina, señor Griffith. Le hice una oferta y quiero que me conteste.

—No le entiendo. El caso ha sido claro. Yo vi personalmente a Luana Sherman. La conocí cuando firmamos la póliza y hablé con

ella. Es la misma mujer que viajaba en el automóvil.

—Habla mucho, señor Griffith, pero todavía no ha contestado a mi pregunta.

Se concedió unos segundos y finalmente carraspeó:

—Está bien, Murdock si usted o cualquier otra persona nos proporciona argumentos legales para impugnar esa póliza, estaríamos dispuestos a pagar hasta veinte mil dólares.

—Cincuenta mil.

—No, Murdock, eso es demasiado.

—Sólo es el cinco por ciento, señor Griffith. Acéptelo inmediatamente o subiré hasta el diez por ciento.

—No sé por qué discutimos. Es absurdo. Usted no puede hacer nada, sólo es un fanfarrón.

—Cincuenta mil dólares —repetí.

Se pasó la lengua por los labios. Ya empezaba a concederme importancia.

—No sé si habla por hablar, Murdock. Pero estoy de acuerdo. Tendrá cincuenta mil.

—Quiero que tenga preparado el documento para mañana, Griffith. Pasaré por su oficina.

—Lo tendrá preparado, pero le advierto una cosa: no se le ocurra pedir dinero anticipado. No le daré un solo dólar.

Le sonreí.

—Descuide, no le pediré anticipo.

Salí de la casa, monté en el auto y lo puse en camino.

Iba a visitar por tercera vez el hospital de enfermos mentales del doctor Tickler. Ahora esperaba darles la sorpresa, porque las otras veces me la habían dado ellos a mí.

Estacioné el auto a cien yardas de la clínica y regresé, andando, pegado al muro.

El portón estaba cerrado.

Seguí andando, dando la vuelta a la pared.

Al fin encontré una pequeña puerta que comunicaba con el jardín.

Saqué mi juego de ganzúas y, en un par de minutos me abrí pase por allí.

Fui hacia la casa.

Todo estaba envuelto en el silencio.

Subí y miré a través de los cristales, hacia la recepción. La enfermera de turno daba cabezadas como si estuviese a punto de dormirse. Eso podía ser bueno para mí.

Esperé un par de minutos.

La enfermera había hundido la barbilla en el pecho y ya no levantaba la cabeza.

Pasé dentro con sigilo y crucé la escalera.

Al llegar a lo alto miré a la enfermera y vi que no se había dado cuenta de mi presencia. Ya era hora de que tuviese suerte en aquel condenado asunto, pero la suerte me había de acompañar hasta el final para desenmascarar a un bastardo y embolsarme cincuenta mil dólares.

Llegué a la planta que me interesaba. En el corredor estaba el enfermero de guardia, sentado en una silla, el respaldo apoyado en la pared. Era un pelirrojo de nariz pecosa. Leía una novela.

Saqué la pistola y me dirigí hacia él.

El tipo saltó de la silla.

—¡Eh, usted! —empezó a decir, pero se quedó quieto al ver el arma que le apuntaba.

—¿Cómo te llamas?

—Reynolds.

—Muy bien, Reynolds, te vas a portar bien...

—Sí, señor...

—Abre la habitación 42.

—No se puede abrir la habitación de ningún paciente.

—¿Quién se lo dice? —repuse y arqueé el dedo en el disparador.

—Enseguida le abro, señor.

—Ya lo suponía.

Fuimos a la habitación 42 e hizo trabajar la llave en la cerradura.

—Pasa dentro —dije.

Entró y yo lo hice a continuación.

La paciente dormía en la cama, la cara vuelta hacia la pared.

—Despierta a la señorita Sherman.

—¿Quién ha dicho?

—Luana Sherman.

—Se equivoca, no es Luana Sherman, sino Emilyn Turping.

—Está bien, Reynolds, es Emilyn Turping. Despiértala. Reynolds

fue hacia la cama y tocó a la paciente, la cual despertó sobresaltada.

—Eh, ¿qué pasa? —Se volvió hacia nosotros.

No, no era Luana Sherman.

—¿Quién es ella, Reynolds?

—Emilyn Turping, ya se lo dije.

—¿Dónde está la mujer que había aquí?

—No ha habido otra paciente que Emilyn Turping en los últimos siete meses.

La llamada Emilyn Turping sonrió.

—¿Han venido para llevarme al baile? ¡Qué amables son ustedes! No se preocupen, en un momento me pongo mi vestido de noche...

—¿Quién trajo aquí a esta mujer, Reynolds? —pregunté.

—Su hermana. Se llama Rosse Turping y es dueña de una relojería en San Francisco. Yo la conozco, la vi un par de veces... — Se volvió hacia Emilyn Turping—. Escuche, señorita Turping, todavía no es el momento de su baile. Sólo nos llegamos aquí para anunciarle que se aplazó, pero tan pronto como se celebre vendremos por usted.

—¿Me lo promete?

—Claro que se lo prometo, señorita Turping... No puede haber baile sin usted.

Los dos salimos de la habitación y Reynolds cerró la puerta con la llave.

Le pase el cañón de la pistola en la nuca.

—¡Eh, cuidado! —dijo con un estremecimiento.

—Reynolds, han intentado matarme cuatro veces, me libré milagrosamente, de modo que si yo te despacho empezará la compensación... Sólo te librarás si dices la verdad. Por eso vine a jugarle la piel... No vuelvas a engañarme. Vine aquí dos veces a ver a Luana Sherman, y según el doctor Tickler, la inscribieron con el nombre de Emilyn Turping.

—No es cierto.

—Ya sé que no es cierto, pero ahora quiero que me aclares las cosas.

—Cambiaron a Emilyn Turping de habitación cuando trajeron a otra paciente.

—Ésa era Luana Sherman.

—Yo no sé quién era, no me lo dijeron. Sólo sé que era la nueva paciente de la habitación 42. Hace tres horas vine a prestar servicio y me encontré otra vez en la 42 con Emilyn Turping. He aprendido a no hacer preguntas. Éste es un hospital de enfermos mentales y yo no soy el director. Pregunte al doctor Tickler y él sabrá contestarle.

—Es lo que voy a hacer. ¿Dónde está el señor Tickler?

—En su habitación.

—Me vas a acompañar hasta ella, Reynolds.

—Sí, señor. Iré con usted.

—Pero ten cuidado, Reynolds, o te la ganas.

—Descuide. Nunca me gustó el papel de héroe.

—Así está mejor.

Bajamos a la planta donde se ubicaba el gabinete del doctor Tickler, que ya conocía, pero no entramos por aquella puerta, sino por la de al lado.

Reynolds fue a pulsar el timbre.

—No hagas eso —dije—. Abre sin llamar.

Hizo girar el tirador. Lo empujé y pasamos al interior.

El doctor Tickler estaba sentado ante una mesa de trabajo, leyendo un grueso libro cuyas páginas iluminaba con una lámpara de pie.

Frunció el ceño al verme.

—¿Usted otra vez, señor Murdock?

—Sí, doctor Tickler. Le debe extrañar mucho el verme.

—Pensé que con su última visita quedó aclarado el asunto que usted suscitó.

—Sus palabras serían humorísticas si no estuviese por medio el cadáver de Luana Sherman. ¿O me va a decir que la Luana Sherman que encontraron no es la actriz sino la sustitúa, Janet Hopper?

—No le comprendo una palabra, señor Murdock.

—Doctor, mi paciencia tiene un límite.

—También la mía.

—Pero yo tengo una pistola, doctor. No lo olvide.

—¡Oh, sí, ya veo que empuña una pistola! ¿Qué es lo que quiere?

—¿Quién sacó de aquí a Luana Sherman?

—El señor Watson.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Dijo que la iba a ingresar en otro hospital.

—¿En cuál?

—No me lo dijo.

—Doctor, debo aclararle rápidamente que se la está ganando... Asesinaron a mi amigo Brandon Devore, intentaron matarme a mí y ahora asesinaron a Luana Sherman o a Janet Hopper... Son demasiadas cosas para que lo tome a juego.

—En primer lugar, no sé nada con respecto a su amigo Brandon. También ignoro que hayan intentado matarle a usted. En cuanto a la muerte de Luana, es la primera noticia que tengo.

—Está mintiendo, doctor. Usted aportó su colaboración a Vance Watson.

—Sí, es cierto, presté mi colaboración porque me parecieron convincentes sus argumentos y me pagó bien. Yo sólo tenía que admitir a Luana Sherman e inscribirla con nombre supuesto.

—El de otra paciente suya.

—Sí, lo admito. El señor Vance insistió mucho en que la estancia de Luana tendría que permanecer en el anónimo. Me aseguró que sólo permanecería aquí unos días porque pensaba llevarla a otro hospital.

Apreté los maxilares, porque tal como el doctor explicaba, la cosa podía haber ocurrido como él decía.

Si era así, sólo probaba una cosa, y era que todo había que cargarlo en la cuenta de Vance Watson.

—Usted vio a la falsa Luana, doctor.

—Sí. Vance me explicó que había contratado a una doble para sustituir a la verdadera Luana. Era el único medio de salvarse de la quiebra total.

—Doctor, no sé si me está diciendo la verdad.

—Puedo asegurarle que no le miento.

—De todas formas, habrá colaborado en la realización de un asesinato. Tendrá que responder por esa parte de su trabajo.

—Señor Murdock, si se divulga lo que he hecho, la Asociación de Médicos cerraría mi hospital.

—Debió pensarlo antes.

—¿Podríamos arreglar esto con..., digamos mil dólares? —No, doctor Tickler.

—Sólo quiero que me deje a un lado del asunto. Por mí, puede

continuar su investigación.

—Voy a continuarla. Y su nombre y el de este hospital de enfermos, aparecerán en el momento oportuno, porque no podré silenciar su intervención.

—Dos mil dólares, señor Murdock.

—Le voy a ahorrar hasta el último centavo, porque no le aceptaré nada, doctor Tickler. Buenas noches. Salí por la puerta y cerré tras de mí.

Me moví aprisa porque no quería encontrarme con sorpresas. Continué con la pistola en la mano. Si alguien se interponía en mi camino a la calle, le iba a dar un buen susto. Pero no se interpuso nadie.

Pasé frente a la enfermera de recepción y no se dio cuenta. Seguía durmiendo.

Salí por la puerta que había utilizado para entrar, porque era la más cercana, y caminé rápidamente hacia mi auto. Poco después me marchaba de allí.

A la hora que le había señalado a Mike me encontraba en la cabina de un bar. Había despachado un par de *whiskys*, lo cual me hizo recordar aquel trago que me dio a beber mi difunto amigo Bert.

Marqué el número del *Star* y establecí comunicación con Mike enseguida.

—¿Cuál era el número, Mike?

—Cuenta primero de qué se trata, Alex.

—¡Vete al infierno! Te pregunté el número.

—Treinta y siete; pero no cuelgues. ¿Qué estás persiguiendo?

—Dos brujos o quizá tres. Gracias, Mike.

—¡No cuelgues, Alex! ¡Prometiste que no me dejarías en la estacada! ¡Habla, muchacho!

—Puedo prometerte una cosa, Mike; serás el primero en saberlo. Pero ahora no te puedo adelantar nada. Sigue valiendo el mismo motivo que te dije la vez anterior.

Antes de que empezase a maldecir, puse el auricular en la horquilla.

CAPÍTULO IX

Eran las nueve de la mañana cuando desperté. Me había alojado con el nombre de Fred Erickson en el hotel de Ed Corday.

Ed era un buen muchacho y sabía echarme una mano cuando la necesitaba, pero siempre lo hacía a regañadientes.

Cuando aparecí la noche anterior en su hotel, yo estaba muy necesitado de descanso. Había tenido el día más movido de mi vida.

Después de lavarme, me encontré bastante en forma, quizá porque se acercaban grandes acontecimientos. Pero antes tenía que desayunar.

Bajé a la recepción, donde estaba Ed Corday.

—Ya me voy, Ed, puedes estar tranquilo.

Me dirigió una triste mirada, porque en un par de ocasiones le había traído líos.

—No, Ed —le dije—. Te aseguro que ahora no pasará nada. Todo está en orden.

—Eso espero. No me gustaría que se repitiese lo de hace seis meses cuando llegó aquel *gángster* escupiendo plomo.

El suceso al que Ed se refería había terminado bien, porque el referido *gángster* rodó por aquellas escaleras con un plomo en la quijada.

Me despedí de Ed y salí a la calle.

Fui al restaurante más cercano, uno dirigido por un alemán, donde despaché unas hamburguesas con cerveza.

Al fondo había una hermosa cabina telefónica, desde la que iba a hacer mi llamada al patrón de Bert y Dennis.

Bebí una taza de café, encendí un cigarrillo y me dispuse a telefonar.

Entré en la cabina y después de cerrar la puerta, marqué el

número que tenía grabado en la cabeza. Me respondió una mujer, a quien dije:

—Quiero hablar con Dorothy, la secretaria del señor Watson. Soy Alex Murdock.

—Enseguida le paso la comunicación.

Esperé un par de minutos y oí la voz de Dorothy.

—Murdock, llama en el peor momento... Esto es una catástrofe. Le supongo informado de la muerte de Luana Sherman.

La nena era muy graciosa.

—Sí, Dorothy, lo sé.

—El señor Watson está deshecho.

—No me lo cuente a mí, ricura. Justamente quiero hablar con el señor Watson.

—No puede.

—¿Por qué no?

—El no está aquí, sino en su casa.

—Muy bien, llamaré a su casa.

—¿Cómo se le ocurre que el señor Watson vaya a atenderle a usted? Si desea expresar sus sentimientos por la muerte de Luana, yo tomaré nota.

—No, querida. No es ése el motivo por el que llamo. Se trata de algo mucho más interesante para el señor Watson.

—Tendrá que dejarlo para otra oportunidad.

—Muy bien, estoy seguro de que la policía pondrá más interés.

—¿La policía?

—Sí, Dorothy. La Brigada de Homicidios.

—Lo que dice es para mí un jeroglífico, señor Murdock. Ya que insiste tanto, puede llamar al señor Watson, pero concédame dos minutos. Yo hablaré antes con él.

—De acuerdo, dos minutos.

Colgué y esperé a que las saetas del reloj recorriesen la distancia equivalente a ciento veinte segundos. Luego marqué el número de Watson.

Oí inmediatamente la voz del productor cinematográfico de tantas superproducciones.

—Murdock, no comprendo lo que me dijo mi secretaria, pero no quiero creer en lo peor, señor Murdock: que trata de chantajearme.

—Es posible.

—Debí figurármelo. Usted quiere hablar ahora a los periodistas de las dos Luanas.

—Quizá me anime a hablar de ello más tarde, pero ahora sólo quiero zanjar el asunto con Usted.

—Está bien. Le recibiré con mucho gusto.

—No, Watson, no iré por ahí.

—¿Por qué no?

—¿Me cree un estúpido? Si yo fuese a su casa, me tendría preparada una sorpresa, otros dos matones como Bert y Dennis.

—¿Quiénes son Bert y Dennis?

—Usted lo sabe perfectamente.

—No, señor Murdock, no conozco a esas personas.

—Tengo mi pie en su cuello, Watson.

—Es muy duro que diga usted eso después del rato que estoy pasando. He perdido a Luana...

—¿A cuál de ellas, señor Watson?

—Si quiere que lleguemos a un acuerdo, estoy dispuesto a entrevistarme con usted, Murdock.

—Está bien, señor Watson, pero no juegue esta vez con matones. Y tampoco va a ser en su casa. Le voy a dar una cita en mi auto.

—No puedo salir, los periodistas están en la entrada.

—Cúbrase con gafas negras y salga por la puerta trasera.

—Me reconocerán a pesar de todo.

—Utilice zancos o haga un subterráneo, como un topo, pero quiero verle antes de media hora, Watson. De lo contrario, tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Está bien. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—A la derecha de Union Station, junto al Memorial Moore. Estaré a mi «Buick», un convertible color crema. Tiene un agujero de bala en la capota, recuerdo de uno de sus amigos.

—¡Váyase al infierno! —dijo, y colgó.

Sonreí al micro y salí de la cabina.

Diez minutos antes de la hora señalada, yo estaba sentado al volante de mi «Buick», en el Memorial Moore, junto a la Union Station.

Fumé un cigarrillo a la espera.

Pasaron media docena de «Cadillac», pero ninguno de ellos era el de Vance Watson.

Esperé que no lanzasen ninguna bomba. Había supuesto que Watson contaría con que yo no habría ido allí solo o que había dirigido alguna carta al juez, a mi abogado o al fiscal del distrito para que la abriesen en caso de muerte violenta.

No podía olvidar que el señor Watson estaría habituado a los trucos cinematográficos.

Al fin llegó su «Cadillac».

Estacionó más arriba. Watson salió del auto y cruzó hacia donde yo estaba. Había seguido mis instrucciones en lo que se refería a las gafas oscuras y vestía un terno oscuro, camisa blanca y corbata negra, como correspondía a un productor que había perdido a su más querida actriz, Portaba una cartera.

Rodeó el «Buick», abrió la portezuela y se sentó en el asiento delantero, a mi lado.

Puso la cartera sobre las piernas y extrajo un grueso fajo de billetes, que colocó en la guantera.

—Son cinco mil —dijo.

Sacó otro fajo y lo unió al primero.

—Y otros cinco mil —agregó.

—Bonito premio. Diez mil dólares —sonreí.

—Todo por no contar a los periodistas que existía una Luana verdadera y otra falsa.

—No, señor Watson, si yo aceptara eso, sería por silenciar el asesinato de la falsa Luana, la sustituta.

—Continúe, ya que ha empezado Murdock.

—Lo preparó muy bien, señor Watson. Lo hizo tan perfecto, que durante algún tiempo me tuvo usted desconcertado, especialmente cuando vi a Luana y Janet juntas en la misma habitación.

—No comprendo adonde quiere ir a parar.

—Usted decidió hace mucho tiempo esta combinación: cobrar el millón de dólares de la póliza de la Fidelis. Y para ello, naturalmente, necesitaba que Luana muriese. Imagino que la idea se la dio el agente artístico que le envió las fotografías de la mujer que se parecía a Luana. Era estupendo. Usted la trajo aquí con la idea de que la verdadera Luana no podía trabajar en el cine porque se había vuelto loca. Para ello, hizo una representación de la verdadera Luana en el hospital de enfermos mentales... ¿O fue porque realmente Luana Sherman se volvió loca?

—Tendrá que contestar usted a sus propias preguntas.

—Da lo mismo una hipótesis que otra, puesto que sólo importan los resultados. En ambos casos, el final fue el mismo: la muerte para Janet Hopper. Valía la pena para usted. Suspendiendo el rodaje de su película a los tres días de iniciada, le compensaba con creces. Imagino que, además de la póliza sobre la vida de Luana, tendrá otras con respecto a la suspensión propiamente dicha del rodaje.

—¿Usted cree?

—No sea ingenuo, Watson. Será muy fácil para mí descubrir esas otras pólizas, que habrán sido firmadas con otras compañías.

—Está bien, le evitaré ese trabajo. Hay suscritas otras pólizas.

—¿Por cuánto?

—Dos millones.

—¡Vaya, un buen negocio! Cobrará tres millones, de los que tendrá que deducir lo que invirtió hasta ahora en la película...

—Quinientos mil, incluyendo todos los gastos. Además, voy a rodar la película. La muerte de Luana Sherman será la mejor publicidad.

—Lo cual quiere decir que gracias a la muerte de Luana Sherman —le corregí—, usted levantará la cabeza.

—Eso es.

—Pero usted hizo mal sus cálculos, señor Watson. También ha llegado para usted el fin.

—No dramatice, Murdock. Todo se puede arreglar. Esos diez mil dólares es sólo un adelanto.

—¿Hasta cuanto piensa llegar?

—Será mejor que no apriete demasiado. Le daré una cantidad definitiva y se acabó. Veinticinco mil dólares.

—Usted preparó el coche que mató a Janet Hopper.

—Fue Jack.

—No me hará creer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Jack estaba enamorado de la muchacha. Fue usted, Watson. Además, no podía confiarse a nadie. De hacerlo, esa persona le habría hecho objeto de chantaje durante toda su vida.

Se quitó las gafas y lanzó un suspiro.

—La vida, a veces, nos obliga a hacer cosas que no deseamos.

—Acabó con Brandon, porque él se dio cuenta de la clase de

negocio que usted se disponía a realizar.

—Hay personas a las que consideramos duras y que, a la hora de la verdad, son blandas como niños.

—¿Qué hizo con la verdadera Luana?

—Murdock, ahí tiene diez mil dólares y mañana recibirá quince mil más. Confórmese con eso.

—Está enamorado de ella, de Luana. Y eso empieza a hacerme dudar sobre algunas conclusiones.

—¿Cuál de ellas?

—Si usted está enamorado de Luana y la escondió en alguna parte, significa que no estaba loca, que nunca lo estuvo, y que ella se puso de acuerdo con usted.

—Deje de cavilar, Murdock. Es mejor para usted que acepte mi oferta. Nunca en su vida habrá ganado tanto dinero. Es lo único que importa. Convéznase, de una vez por todas, que no le conviene dar un paso más adelante. Usted no tiene una sola prueba para demostrar sus acusaciones.

—No, Watson, no quiero su dinero.

Me miró a los ojos.

—Después de todo, usted me decepciona. Pertenece al rebaño... No tiene la clase que yo suponía.

Abrió la portezuela y salió del auto.

—Olvida los billetes —dije.

Tomó los fajos y los metió en su cartera. Ya se había puesto las gafas oscuras.

—Murdock —dijo—. Si yo fuese usted, me largaría ahora mismo en el primer avión... Es el mejor consejo que le puedo dar. Apártese de Los Ángeles. Y si tiene dinero para llegar a París, no vacile en echar un vistazo a la torre Eiffel y quédese allí durante los próximos meses.

Cruzó la calle y se introdujo en su «Cadillac», el cual se puso en movimiento.

Corrió por la calle Figueroa, y luego dobló por Florence, como si se dirigiese al aeropuerto Internacional, pero también podía ir hacia la Universidad de Loyola o a Playa del Rey.

Entró en una casa con jardín, en donde crecían muchas palmeras.

Yo detuve mi coche mucho antes y continué el camino a pie. El

portón estaba cerrado y rodeé el muro.

Me encontré en un solar donde había muchos desperdicios. Arrimé un montón de piedras a la pared y coloqué un bidón sobre ellas.

Con un salto, pude agarrarme al borde del muro y un minuto más tarde saltaba a la otra parte, en donde crecían las palmeras.

La casa estaba al fondo, con el garaje a la derecha. Las puertas estaban abiertas y pude ver el «Cadillac» de Vance junto a otro par de coches. Un tipo regaba con una manguera el seto.

El lugar parecía tranquilo.

Una nube de pájaros vino a posarse en una de las palmeras más próximas a mí.

El tipo que estaba con la manguera dejó ésta en el suelo y se metió en el garaje.

Aproveché para cruzar. Llegué a una terraza, a la que subí por una escalera. La puerta que daba acceso a la casa estaba abierta.

Me acerqué a la pared.

Oí la voz de Vance Watson:

—Querida, todo saldrá bien...

—Ojalá no te equivoques.

Reconocí aquella voz. Era la de Luana Sherman, la verdadera, la mujer que yo había visto en la habitación 42 de la clínica para enfermos mentales del doctor Tickler.

—No has debido venir, Vance... —dijo Luana—. Me advertiste que dejarías pasar unos días, que me avisarías por teléfono y que vendrías por la noche.

—Tuve que venir para acabar de una vez con ese tipo que amenaza con arruinarnos el negocio.

—¿El detective?

—Sí, nena... Le he traído pegado a mis talones, y ya está cerca de nosotros, escuchando lo que estamos hablando...

Era un tipo muy sabio. Sabía que yo estaba allí.

En aquel momento una pistola hizo presión en mi espalda y una voz dijo:

—Anda, sabueso, pasa al interior... El señor Watson te espera.

CAPÍTULO X

Entré en la casa.

Luana Sherman estaba tendida en un diván, con un chal sobre las piernas. Vi a Vance frente a ella, en pie, fumando un cigarrillo. Ya no cubría los ojos con las gafas oscuras.

Miré a Luana. Estaba ahora bella, porque se había maquillado.

—Enhorabuena, por no ser la muerta —dije.

—Gracias, es usted muy amable.

Pero hizo un mal negocio con Vance Watson.

El productor intervino:

—Me temo que está representando un mal tercer acto, señor Murdock.

—Yo también le recordaré que no está en los estudios ni en su oficina. Enfrentese con la realidad, Watson... Asesinó a una mujer, a una pobre muchacha que trajo aquí engañada. Usted le llenó la cabeza de ilusiones, le dijo que iba a sustituir a Luana Sherman porque la actriz se había vuelto loca.

—Ya se lo dije, Murdock; como autor melodramático no tendría precio.

—Janet Hopper dio de sí cuanto llevaba dentro y probó que podía sustituir a Luana en cualquier circunstancia.

—¡Es usted un estúpido! —exclamó Luana—. ¿Cómo cree que una advenediza podría sustituirme? Janet Hopper sólo era una pueblerina, una aficionada al teatro.

—Pero demostró ser una gran actriz. Tuvo que conocer a mucha gente que estaba relacionada con usted, y las engañó haciéndoles creer que era usted misma.

—Muy bien, ése fue su premio.

—¿Usted cree?

—Janet Hopper gozó de, unas semanas maravillosas. ¿Quién le iba a decir a ella, cuando estaba en su pueblo, que llegaría a tener a millares de personas a sus pies? Vance Watson le presentó directores, actores, periodistas, y la gente más famosa de Hollywood, que es como decir la más famosa del país. Recibió halagos de todas clases. Durante unas semanas supo lo que es sentirse en la cumbre. Estoy segura de que muchas mujeres la habrían envidiado... Sí, señor Murdock; millares de mujeres habrían dado cualquier cosa por encontrarse en lugar de Janet Hopper.

—Se equivoca, ninguna de ellas hubiese aceptado estar en lugar de Janet Hopper, si hubieran sabido que al final les esperaba la inerte. Y eso fue lo que le pasó a Janet Hopper... ¿Por qué necesitaron engañarla tan miserablemente diciéndole que había perdido usted el juicio?

—Lo va a saber enseguida, señor Murdock —dijo Luana.

Tiró el chal que cubría sus piernas, dejándolo caer en el suelo.

Su pierna derecha era ortopédica.

—Sufrí un accidente durante mis últimas vacaciones —explicó—. Estaba montando a caballo en el rancho de Vance, en Nevada. El doctor que me asistió fue un estúpido. Me hizo una cura que probó su incompetencia. La pierna se me gangrenó... Tuvieron que amputarla para salvarme la vida. Y justamente ocurrió cuando Vance Watson había fracasado en sus dos últimos films. Yo hubiera dado cualquier cosa por ayudarle. Le amaba y él me correspondía... Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de sustituirme, de firmar la póliza de vida... La existencia de Janet Hopper lo decidió todo... Vance le tuvo que decir que yo estaba loca, que lo mío no tenía remedio y que, por lo tanto, la sustitución sería para siempre. El doctor Tickler era amigo de Vance y estuvo conforme con ayudarnos...

—Formaron ustedes una buena sociedad, porque su secretaria también estaba informada. ¿Verdad, señor Watson?

—Sí.

—Fue Dorothy la que intentó matarme en el estudio.

—Tuvo mala suerte...

—También la tuvieron Bert y Dennis cuando trataron de liquidarme en aquella cabaña... Le perdió una cosa, Watson: su deseo de que yo le aplaudiese. Me pudieron haber matado antes de

que el locutor de la radio diese la noticia del accidente sufrido por Luana Sherman.

—Ya todo ha pasado. Esta vez usted no escapará, Murdock...

Miré a mi espalda y en el hueco que comunicaba con la terraza vi al hombre que me amenazaba con la pistola. Era un tipo delgado, de sienes hundidas y ojos que parecían trozos de esmeralda. Un matón de la misma categoría que Dennis y Bert, y como aquel otro, Wade Penn.

—Han derramado mucha sangre —dije—. Acabaron con Brandon porque él se informó de su negocio... Imagino que usted quiso convencerle, pero él no dio su consentimiento.

—Ya hablamos de eso, señor Murdock... ¿Qué es lo que intenta? ¿Ganar tiempo?

—Sí, hasta que llegue la policía.

—No diga tonterías, Murdock; la policía no vendrá. Usted no avisó a nadie, ni dirigió carta alguna a su abogado o al fiscal del distrito... Usted sólo tenía conjeturas, indicios, pero ninguna prueba. Por eso me llamó. Quería obligarme a llegar hasta Luana. Yo me limité a seguirle el juego, porque me pareció bueno. Usted vendría tras de mí y yo le atraparía, como ha ocurrido.

El condenado tenía razón. Me tenía en sus manos, nadie vendría allí a ayudarme.

En aquel momento se abrió una puerta al fondo de la sala.

Apareció Jack Drake, el chófer de la falsa Luana. Dio un traspié, mientras se dirigía hacia nosotros.

—¿Qué haces aquí, Jack? —preguntó Vance Watson.

—Vine a saludarles...

—Estás borracho.

—Sólo bebí un poco, señor Watson...

—Yo diría que has bebido una botella.

—Necesitaba reunir coraje, señor Watson... Lo necesitaba para decirle unas cuantas cosas.

—Jack, no te das cuenta de lo que haces o lo que dices... ¡Sal de aquí inmediatamente!

—Todavía no, señor Watson... —apuntó a Vance con el dedo—. Usted es un puerco, un miserable... Mató a esa chica... Usted lo hizo, le estropeó la dirección del «Rolls-Royce», y por eso se mató.

—Ya has dicho bastante, Jack...

—Yo la quería... Estaba enamorado de ella... Era una buena chica, ingenua, inocente.

—Sólo dices tonterías... Esa chica no era nada de lo que tú dices.

—Lo era, señor Watson; pero usted la corrompió. Pero cuando ella llegó era pura...

—Eres un payaso, Jack. Te dije que estás borracho, pero lo pasaré por alto. Anda, vuelve a tu habitación y duerme un rato. Es lo que te hace falta. Más tarde hablaré contigo.

De pronto, Jack sacó un revólver.

—¡Deja eso! —gritó Vance.

Pero Jack hizo fuego.

Yo salté hacia el sillón más cercano, rogando que el disparo de Jack hubiese aturdido el cerebro del matón.

Me equivoqué, porque a mi espalda oí el estampido de la pistola manejada por Ojos de Esmeralda.

Caí a la otra parte del sillón y oí cómo la bala se hundía en el respaldo.

Saqué la pistola y de bruces en el suelo hice fuego sobre el tipo que estaba en el hueco de la terraza.

Le di en el pecho y lanzó un grito, mientras se derrumbaba.

Me puse en pie de un salto y vi a Jack que miraba asombrado cómo Vance se movía débilmente en el suelo.

Llegué a su lado y le quité el revólver.

Luana se irguió en el diván. Su rostro estaba muy pálido.

—¡Vance...! —gritó—. ¡Háblame, Vance...!

El productor cinematográfico había sido alcanzado por Jack en el estómago.

Movió los labios y un hilillo de sangre le corrió por la comisura.

Descolgué el teléfono y marqué el número de la policía.

Era cuenta de ellos hacerse cargo de todo, a partir de aquel momento.

Lo iban a pagar, aunque ya Vance Watson había pagado. Murió después de su confesión.

Había mucha gente metida en aquel asunto: Luana, Dorothy, el doctor Tickler, Jack...

El inspector de la Fidelis, Lewis Griffith, me alargó el cheque, por encima de su mesa.

—Bonita cifra, señor Murdock... eso le compensará sus esfuerzos.

—Es más linda la cantidad que ustedes se han ahorrado.

—Era un fraude y la verdad siempre ha de resplandecer. ¿Qué hará con ese dinero?

—Muchas cosas.

—Tardará en gastarlo.

—Voy a empezar ya, inspector.

Una hora más tarde viajaba en avión hacia Spring Valley, Nebraska.

Era un pueblo precioso, con calles limpias y casas *rock* por jardines.

La biblioteca pública estaba junto al edificio del Ayuntamiento.

Entré en el gran salón y me acerqué a la empicada que estaba sentada ante una gran mesa.

Ella no notó mi llegada.

Estaba inclinada, observando unas fotografías de la ciudad de Las Vegas. Oí que daba un suspiro.

—Hola —dije.

Alzó la cabeza, y al verme allí, parpadeó.

—Te advertí que vendría algún día —sonreí.

No dijo nada. Se puso en pie, dio la vuelta a la mesa y se detuvo ante mí.

La rodeé por la cintura y la boca de Linda acudió al encuentro de la mía.

FIN